

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MIÉRCOLES 15 DE DICIEMBRE DE 1920

Nº 9

HERRUMBRE Y QUINCALLA

16, Regent Street, London, S. W. 1.

Señor don J. García Monge,

San José de Costa Rica.

Mi estimado amigo:

Para llevar adelante una polémica gramatical suscitada por la Revista de Filología Española, he escogido, contando con su inagotable benevolencia, el REPERTORIO AMERICANO, revista en que está haciendo Ud. una obra de cultura en Centro y Sud América y un beneficio a los aficionados a la buena lectura.

El artículo que le acompaño es tal vez demasiado largo para que aparezca en un solo número; puede Ud. recortarlo a su talante, si resuelve publicarlo y, de todas maneras, quedará bien si sale en el REPERTORIO AMERICANO.

No necesito recomendarle a Ud. gran cuidado en la corrección de las pruebas pues bien sabe Ud. que en trabajos de esta clase el enemigo se aprovecha, sin escrúpulos de ninguna clase, de todos los errores de imprenta que pueda pescar.

Le agradezco mucho el envío de las importantes publicaciones que para deleite de las gentes de habla española lleva Ud. entre manos, y con mis mejores deseos por su prosperidad y bienandanza, me suscribo, suyo muy adicto,

B. SANÍN CANO

LA Revista de Filología Española (Tomo V. pág. 56, Madrid, 1918), da cuenta de la edición hecha en castellano de una biografía del autor del Quijote titulada Miguel de Cervantes Saavedra⁽¹⁾ y debida a la escrupulosa diligencia, al discreto saber y al buen gusto de Mr. James Fitzmaurice-Kelly. La noticia bibliográfica es corta y mal intencionada. Se recomienda por su ruda franqueza, a falta de otras cualidades. Dice así la nota: «Lástima grande es que la traducción sea mala: en ningún libro que pretenda estar escrito en castellano se consentirán frases como estas de la página 25», y cita el señor A. G. S., autor de la nota, el siguiente párrafo:

«Según sus propias palabras dichas bajo la gravedad del juramento, Juan de Cervantes nació el año de 1490 o en sus vecindades, pero la exactitud de su memoria ha sido puesta en tela de juicio y no sin razón. Es posible que fuera un poco mayor de lo que él se imaginaba. La fecha del matrimonio con Leonor de Torreblanca, natural de Córdoba, no puede fijarse, según las apariencias, en día posterior a 1512. El día 13 de Mayo de 1533, Juan de Cervantes era padre de un hijo llamado Andrés y de una hija llamada María».

(1) J. Fitzmaurice-Kelly, Miguel de Cervantes Saavedra. Clarendon Press. Oxford, 1916. La edición española que no es una traducción sino en partes, fué puesta en castellano por B. Sanín Cano, que tuvo la fortuna de poder consultar al autor sobre los puntos dudosos.

EL calificativo de malo, aplicado por un crítico a un trabajo literario o a una obra de arte, carece de valor como no sea para dar testimonio de la mentalidad de quien lo usa. Hace más de setenta años que la crítica (exceptuando la que pretenden llamar así Valbuena y sus admiradores) se ocupa en explicar, en comprender y en determinar los orígenes de la obra estudiada y sus relaciones con el ambiente en que fué producida. Decir que un trabajo literario es malo, hoy que vivimos en el reino de la medianía procaz y asfixiante, es una verdadera lisonja, porque resulta una distinción. Ser malo en literatura es tener ya un rasgo característico para salir del estanque fangoso en que sobrenada lo mediocre y lo servilmente imitativo.

Cuando un crítico dice, por ejemplo, que tal autor es un retórico, no quiere dar a entender sino que las formas retóricas adoptadas por el uno son distintas de las que el otro prefiere ordinariamente. Decimos de una persona que tiene talento, cuando o por sus ideas o por sus manera de expresarlas lisonjea nuestras especiales predilecciones en materia de pensamiento o de forma. Siendo esto así, no resulta muy desagradable el calificativo de mala que el señor A. G. S. le ha colgado a la edición española del libro en que el Sr. Fitzmaurice-Kelly resumió en forma precisa lo que se sabía definitivamente sobre la vida de Cervantes en 1917.

La virtud fundamental de una tra-

ducción es la fidelidad. De modo que al leer el mote malo aplicado al trabajo de que se trata, lo primero que puede ocurrirle al lector desprevenido es que la versión española es infiel. Sobre este punto no me cabe la más leve duda, porque el trabajo fué llevado a cabo bajo la ilustrada vigilancia de su autor, que conoce la lengua castellana mejor que el señor A. G. S. y que en materia de gusto le puede dar quince y raya sin ánimo de ofenderle. La traducción es, pues, tan fiel como el autor la deseaba y basta con eso, por lo que hace al traductor. Pero hay más aún. Para juzgar de una traducción es preciso, o a lo menos así lo hemos dado hasta ahora por sentado, conocer el original. En partes el señor A. G. S. conoce el original; en partes no lo conoce y da la casualidad que el párrafo traído por él a manera de ejemplo para justificar el calificativo de mala aplicado a la edición española, no está en la obra original publicada en inglés, y el señor A. G. S. no puede conocerlo porque el manuscrito de las adiciones y correcciones hechas por el autor está en mi poder y no se lo he dejado ver a nadie. Apunto esto para dar una muestra de la destreza de manos y de pensamiento que gasta el señor A. G. S. y para dejar testimonio de su incomparable presciencia y ubicuidad.

Procederé ahora a analizar los reparos puestos por el crítico de la Revista de F. E. al párrafo de Miguel de Cervantes Saavedra que su magnanimidad quiso citar por entero.

En dicha cita, hecha a la manera alemana, la R. de F. E. ha puesto espacios entre las letras de algunas palabras que yo he transcrito en bastardilla para mayor claridad. Esas palabras o frases han de ser las que el señor A. G. S. abomina con especial abominación; pero la sentencia liminar parece referirse a todo el párrafo. Veamos estas frases una por una:

1) «palabras dichas bajo la gravedad del juramento». Supongo que el señor A. G. S. reprueba el uso de la preposición bajo con juramento. Ignoro las razones que pueda tener y lamento que no las haya expuesto. Por mi parte, y modestamente, voy a darle algunas de las que tuve presentes al hacer uso de esta frase. Es la primera, que en el lenguaje jurídico de Colombia la expresión es de uso frecuente, y tanto,

que ha pasado a la conversación ordinaria. Debo añadir que no es Colombia el solo país de habla castellana donde se usa este modo de decir. El señor Rodríguez Altunaga, jurisconsulto y diplomático de la República de Cuba, autoridad, además, en materias de gusto literario y de filología española, me aseguró que en Cuba la frase es de uso frecuente. Ya veremos que en Méjico también ha sido adoptada por el pueblo y aún por los gramáticos. Tengo el dicho de abogados y literatos argentinos sobre que en la parte Sud del continente americano, donde se habla español, la frase es corriente en el lenguaje de los tribunales. El señor A. G. S. me perdonará que entre su opinión y la de varios millones de hispano-americanos que hablan castellano, prefiera la de aquellos.

Trataré en seguida de ver si hay razones filológicas para sostener este uso americano, suponiendo que no sea corriente en Castilla. *Bajo* o *debajo*, como preposición o adverbio, según el consentimiento de los escritores castellanos y del vulgo mismo, significa «a poca altura», «en lugar inferior». Etimológicamente, la preposición y el adverbio vienen de un adjetivo que significaba probablemente corto de estatura. Así lo hace juzgar el sobrenombre de familia de que hay testimonio en los nombres propios *Caecilius Bassus* y *Lucilius Bassus*, mencionados en las obras de Cicerón⁽¹⁾. El uso, pues, y la etimología coinciden en la aplicación de esta palabra, directa o metafóricamente, a las frases en que se quiere significar posición inferior de una cosa con respecto a otra. El *Diccionario de la Real Academia Española* no es autoridad en materias filológicas para el común de los mortales, pero muy probablemente lo es para los editores de la *R. de F. E.*, cuyo fecundo e incansable Director pertenece al número de los inmortales que se ocupan en darle fijeza al idioma castellano, en limpiarlo de brozas y en comunicarle esplendor. Pues la última edición del *Diccionario*, en su definición de *bajo* trae como ejemplo del uso de este vocablo la frase *bajo palabra*. Y en el artículo *debajo*, al tratar de la frase *debajo de*, afirma, y es la verdad, que va siendo hoy reemplazada por *bajo* sin aditamento de preposición. Siendo de ordinario el juramento una palabra empeñada, ¿de dónde deduce el señor A. G. S. que no se puede decir *bajo juramento*, aunque la Academia Española justifique la frase «bajo palabra»? El señor A. G. S. puede afirmar que la Academia no es para él autoridad y por ello no han de reñir el crítico cervantino de la *R.*

de *F. E.* y su humilde servidor; pero es el caso que la Academia no anda sola en mantener esta opinión y en autorizar tal modo de decir. Cuervo lo anota en sus *Apuntaciones* («Empléase también para denotar el resguardo que se da en contratos, convenios, etc; v. gr. «lo ofreció bajo juramento» p. 272, París, 1914; y más adelante, p. 276: «Nótese que *bajo* puede ser preposición, como en los casos de que hemos tratado, o adverbio que se junta con la preposición *de*, lo mismo que *debajo*, v. gr. «bajo de la mesa», «bajo de juramento»; pero lo último va siendo cada día menos usual»). La bastardilla es de micosecha.

No aplicándola a la frase «bajo juramento», trae Cuervo en su *Diccionario de Construcción y Régimen* la misma doctrina apoyada en numerosos ejemplos, al analizar el uso de la expresión «debajo de» que como todos sabemos, es equivalente de *bajo* en sentido preposicional. Repito aquí algunos: «El duque engañó a mi hermana debajo de palabra de recibirla por mujer» (Cervantes. *Nov. Exemplares*); «Debajo de su buena fe y palabra le desajalaron» (El mismo, *Quijote*). Cuervo era colombiano, y aunque durante su estancia en Europa gastó el mayor esmero en ponerse al habla con los hispano-americanos y en estudiar sus modos de decir, desprendiéndose de todo sentimiento de preeminencia, todavía podría insinuar el señor A. G. S. que aquella frase «lo ofreció bajo juramento» es uno de tantos colombianismos. Sin embargo, en la *Nueva Gramática de la Lengua Castellana* por Rafael Ángel de la Peña, mejicano de mucho saber y varón cauto en sus apreciaciones, puede leer el señor A. G. S., a la pag. 127: «En estas locuciones: *bajo juramento*, *bajo promesa*, etc., *bajo* denota seguridad». Si la Academia Española, Cuervo, el señor de la Peña, están conformes en que el uso de *bajo* con relación a *palabra* o *juramento* está aceptado en España, en Colombia y en Méjico, hay razones para suponer que, en efecto, la frase censurada por el señor A. G. S. anda en boca de cincuenta millones de habitantes. No hay, pues, para qué darle vueltas. Un modo de decir que se conserva o se ha difundido en territorios de tal área y población y separados por el Atlántico no puede ser proscrito de la lengua ni siquiera por autoridad tan poderosa como la *R. de F. E.*

Antes de que *bajo* y *debajo de* se hubieran extendido en su aplicación a todas las maneras de hablar en que hoy los empleamos, la palabra *so* bastaba para las necesidades del castellano buen hablar. *So* todavía se conserva en las expresiones *so pretexto*, *so capa*, *so color*, *so pena*. Es la palabra latina *sub*, *subtus* que en diferentes formas ha pasado a todas las lenguas

romances, algunas de las cuales están conformes en el uso de la frase censurada por el señor A. G. S. *Sous serment* dicen los franceses, *sotto giuramento* es la frase italiana sacramental (V. *Vocabolario Hoepli della lingua italiana* por Giovanni Mari. Milano, 1913, en la palabra *sotto*); lo cual nada tiene extraordinario porque en la lengua madre hay expresiones de la misma índole, tales como *sub condicione*, *sub specie*. Esta manera de expresarse corresponde sin duda a una necesidad del espíritu humano o a una forma natural del razonamiento porque aparece también en los otros idiomas indogermánicos bajo las mismas especies sacramentales. *To be under an oath* dicen los ingleses; *under Eds Tilbud* es la expresión corriente en lengua danesa. No se usa en alemán esta construcción con la palabra juramento, pero existe la manera latina de decir *unter der Bedingung* (sub condicione).

Se me antoja que estoy tratando de forzar una puerta abierta de par en par. Por evitar la cacofonía *jo ju* no dije «Bajo juramento», sino «bajo la gravedad del juramento», modo de decir en que la figura retórica usada en *bajo palabra* o *bajo promesa* cambia de aspecto y es más directa. «Bajo la gravedad» vale tanto como «bajo el peso» y a nadie que yo sepa se le había antojado antes de ahora censurar la construcción «bajo el peso», «bajo la carga», «bajo la presión». La Academia misma (*Gramática*, p. 238, Madrid, 1917) dice «oprimir bajo el peso», aunque también se lee otro régimen en buenos autores: «Las torres que desprecio al aire fueron—*a* su gran pesadumbre se rindieron» (Rodrigo de Caro, *A las ruinas de Itálica*); «y para ti el banano—se rinde *al* peso de su dulce carga» (Andrés Bello, *Oda a la agricultura*), «que se posaba en mí, como se posa—la leve mariposa,—sin que la débil flor se doble *al* peso» (N. de Arce: *Idilio*).

2) *nació el año de 1490 o en sus vecindades*. Tampoco dice el señor A. G. S. en qué consiste la *maldad* de esta frase. Doy por sentado que sea el uso de la palabra *vecindad* con relación al tiempo.

Es carácter de la expresión humana, manifiesto en todas las lenguas por cuya estructura me ha sido dado trasegar, el valerse a menudo de unos mismos términos para significar *tiempo* y *espacio*. En español estos dos vocablos se usan frecuentemente uno por otro. *Un buen espacio* lo mismo se refiere a lugar que a tiempo. *Spatium* puede usarse en latín para significar transcurso de tiempo. Los campesinos solían medir la distancia entre un pueblo y otro no por las leguas que mediaban entre los dos, sino por las horas que se gastaban en reco-

(1) Véase Cuervo, *Diccionario de Construcción y Régimen*, París, 1886-1893.

rrer el espacio intermedio. Tal costumbre de los campesinos se ha generalizado desde que se universalizó el camino de hierro como medio de transporte. De Berlín a Londres había 22 horas en la época de la civilización prebélica. La distancia se ha aumentado, y hoy se dice que Berlín, sin haber mudado de posición, está más lejos de Londres, que antes de 1914. Como que en efecto lo está, en ése y en muchos otros conceptos. Esto corresponde a una disposición natural del intelecto humano. Las dos nociones de tiempo y de espacio, que son las fundamentales del pensamiento, andan tan ligadas en la mente que el lenguaje no se preocupa de separarlas en la mayor parte de los casos. Aún se ha llegado a sostener que el tiempo no es otra cosa que una cuarta dimensión del espacio, noción que parece estar incrustada en la inteligencia de los que crearon y los que usan a diario el lenguaje humano. No hay para que remontarse a las lenguas clásicas, en una de las cuales *ubi* lo mismo se aplica al tiempo que al espacio. En español abundan los ejemplos de esta inevitable permutación. *Donde* significa espacio y significa tiempo. De lo primero no hay para qué aducir modelos; de lo segundo trae Cuervo en su citado *Diccionario* un buen golpe de ejemplos, lo cual nos ahorra el trabajo de ir a buscarlos a otra parte. «Tiempo hubo... donde ni me acordada de muerte, ni de juicio, ni de otra vida». Granada. «Se llegaba la hora donde me convenía salir de la sima». Cervantes. *Desde, cerca, antes, después*, es refieren también al tiempo o al espacio según la voluntad del escritor o del que hable y otro tanto puede decirse de *hasta*. Ni es esto una peculiaridad del español. *Où, vers, dès, jusqu'à* en francés, se usan con relación a espacio y tiempo; *da y fino* en italiano, lo mismo ocurren en frases que designan tiempo que en expresiones significativas de lugar. Lo propio pasa en las lenguas teutónicas. *Nahe* (cerca) se refiere en alemán a los dos conceptos separadamente. *Naer* es en danés lo cercano en el tiempo y en el espacio. De estas palabras se deriva el sustantivo con que se expresa en alemán y en danés la idea de «vecino». No carece de importancia señalar aquí cómo las palabras de que se hace uso en las lenguas teutónicas para designar la idea de tiempo (*tid*, danés y sueco; *tijd*, holandés; *zit*, antiguo alemán; *zeit*, alemán moderno) provienen de una raíz que significa *extender, estirar*. (Véase Falk og Torp, *Etymologisk Ordbog over det norske og det danske sprog*, Artículo *Tid-Kristiania*, 1901). *Vicinus* y sus derivados en latín lo mismo se aplican a la una idea que a la otra: «taberna vicina», «vicinum bellum»; «mater cuius, dum partui

esset vicina». *Vicinitas* derivado de *vicinus* tiene también doble aplicación. Lo dice Forcellini terminantemente en su Diccionario latino al definir la palabra *vicinitas*: «...refertur etiam tempus». Aunque *vicinus*, por su derivación (*vicus*, en griego *oikos*) sólo parece referirse a espacio, tanto él como sus derivados ensancharon su valor semántico, obedeciendo a la expresada tendencia general del espíritu humano. Las lenguas romances heredaron el doble significado del adjetivo y, evidentemente, la inclinación a amplificar la significación de sus derivados. *Voisin*, en francés, sirve para calificar la noción de tiempo: «Théodoret de meme: en un mot, tous les auteurs du temps ou des temps voisins gardent un pareil silence». (Bossuet, *Défense de l'histoire de variations*, p. 541. Tome VII. París. 1846). *Vicino, vicinanza, appressamento* (de otro origen) guardan en italiano los dos significados de la lengua madre. «Vicino agg. Che é a poca distanza... —accennando a tempo: Siamo vicini a natale (G. Mari, *Vocabolario Hoepli della lingua italiana*, Milano, 1913. p. 2173).

En español *vecino*, adjetivo, significa «cercano, próximo o inmediato en cualquiera línea», según el Diccionario de la Real Academia Española. «En cualquiera línea» debe significar con relación al tiempo, al espacio, a la calidad o mérito de los objetos, o significa un desatino; porque *cercano* ya se sabe que es lo que se halla a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo, adelante o atrás, en todas las direcciones que analiza la geometría del espacio. Del resto, nada importa que la Academia convenga en que *vecino* pueda usarse, como en latín, en francés, en italiano y en casi todas las lenguas cultas, en el sentido de próximo, así en el espacio como en el tiempo. No importa, porque, a más de la tendencia universal señalada antes, existe el ejemplo de la conversación diaria y el de los clásicos. Dice Quevedo en su *Sátira contra los viles casados*: «Antes para mi entierro venga el cura—que para desposarme; antes me velen por *vecino* a la muerte y sepultura». (*Obras*, T. IV, p. 547. Madrid. 1772)⁽¹⁾. Y Miguel Sánchez, el Divino: «Ya que humilde marchitas—el color y hermosura—dese rostro divino—a la muerte *vecino*». Miguel Sánchez, *Canción, Ino-*

(1) Ya sé que hay dudas sobre la entera autenticidad de esta poesía de Quevedo. Sé que, de acuerdo con las mejores opiniones, ella fué retocada por un admirador del poeta y así ha llegado hasta nosotros.

Esto no le quita mérito a la cita. Lo que importa es saber que en cierta época la palabra era usual en este sentido. Mientras menos ilustrado el autor y más cercano al habla popular, más vale su testimonio.

cente Cordero. Rivadeneira, T. XVII. Página 39.

De todo lo cual resulta que si *vecino* puede aplicarse en español, como en las lenguas afines, a la noción de espacio y a la de tiempo, no hay razón ninguna para censurar el uso de *vecindad* en los dos significados separadamente. *Vecindad* significa *cercanía* y si se puede decir *cercanía de la muerte, cercanía del invierno*, ¿por qué remota y sutil avenida mental llega el señor A. G. S. a la conclusión de que *vecindad* no puede usarse con relación al tiempo? En rigor, no hay ninguna, sino su capricho, o su voluntad o su gusto. No ha tenido la bondad de explicar las razones en que funda su juicio condenatorio, ni siquiera la condescendencia de acarrear alguna que otra cita de autores contemporáneos o del siglo de oro con el fin de mostrarnos que hay modos más ricos y elegantes de decir lo mismo que él encuentra vituperable en la obra caída bajo el martillo de su severidad. Es hoy de uso corriente «al rededor de esa fecha», «costó al rededor de cien duros», frases en que se ha extendido el uso de «al rededor» al tiempo y a la noción de valor. Es muy favorecida por reporters y gentes de mostrador y empieza a desgastarse con el excesivo uso. Con todo el respeto que debo a la competencia del señor A. G. S., y a la autoridad de la *Revista* en que publica sus notas bibliográficas, tengo que persistir con mucha pena en la creencia de que es posible escribir en castellano sin satisfacer el exquisito y refinado gusto de estas dos entidades. En ésta, como en otras ocasiones, el señor A. G. S., falto de información más adecuada, supone que un giro es reprochable, porque nadie lo ha usado antes. No sé si la palabra *vecindad* se ha aplicado en castellano a designar el tiempo en la forma en que lo he hecho. Si así fuere estaría ufano de haber sido el primero en echar mano de este recurso. Así crecen y se desarrollan o transforman los idiomas. La creación de nuevas metáforas es el muelle vital de las lenguas. Alguno hubo de decir primero que otros «caer en la cuenta», «brillar por su ausencia», «dar con su cuerpo en el suelo», «chiflarse» por volverse loco y otros modismos que proceden de la tendencia general del espíritu humano a asociar ideas y del arduo empeño de los grandes talentos literarios por dissociarlas. Los dos procesos contribuyen al engrandecimiento del idioma, que nunca hubiera existido, si el hombre careciera de la facultad de hacer metáforas y de ensanchar su aplicación en el uso cotidiano de las palabras.

(3) «la exactitud de su memoria». Supongo que el señor A. G. S. re-

prueba el uso de la palabra *exactitud*, que él quisiera probablemente ver reemplazada por *precisión* o acaso por *puntualidad*. Cabe tener más de una opinión a este respecto. *Exactitud* vale lo mismo que *precisión*. El bienaventurado Diccionario de la Real Academia Española, dice: «*Precisión... tratándose del lenguaje, concisión y exactitud rigurosa*». Este mismo depósito de todas las noticias divinas y humanas dice en otra parte: «*Exactitud* (de exacto) f. Puntualidad y fidelidad en la ejecución de una cosa». Eso era justamente lo que en el párrafo incriminado por A. G. S. se quería decir, esto es, que, por lo que hace a la puntualidad de su memoria, Juan de Cervantes dejaba, en concepto de algunos, no poco que desear. No parece sino que el Diccionario de la Academia hubiera sido redactado con el objeto de que el señor A. G. S. no le echara nunca la vista encima. Pero el Diccionario de la Real Academia Española no está solo; lo acompañan autoridades de gran competencia que seguramente, el señor A. G. S. tendrá pensado leer algún día. *Exacto* viene de *exactus*, participio de *exige*, y significaría *lo que se exige, cumplido, cabal*. Del latín ha pasado a las lenguas modernas como palabra erudita, de la cual se han formado algunas otras. Existe en francés, en italiano, en inglés, y en todas estas lenguas tiene el mismo sentido: «L'exactitude de l'esprit n'a rien de pénible» (Malebranche, citado por Littré); «The bow perusing with exactest eye» (Pope. *Odyssey*. Citado por *New English Dictionary*).

Por último dice Olive en su *Diccionario de Sinónimos*: «El que hace una relación enteramente veraz y sin omitir la menor circunstancia de ella es *exacto*; el que llega al punto que debe ser *puntual*». Había razones para creer que Juan de Cervantes o su espíritu, o su memoria, no eran exactos, esto es, carecían de exactitud.

4) «Es posible que fuera un poco mayor de lo que él se imaginaba». No sé qué palabra o palabras de esta sentencia han merecido la reprobación del señor A. G. S. ¿Es acaso que en su concepto hay inconsecuencia en el uso de *fuera* en frase dependiente de *es*? Sería en verdad mucho pedir. Como el presente es el tiempo de que se hace uso para señalar la existencia de un hecho que puede extenderse al pasado y abarcar también el futuro y, como dice Bello, (*Gramática*, p. 162, París, 1914), «para expresar las verdades eternas», no hay inconsecuencia en usar este tiempo en combinación con todos los demás. De otro lado, la expresión *es posible* que arguye incertidumbre justifica el uso del sub-

juntivo en la oración subordinada.

Cartas sobre la mesa: «Tampoco es preciso que la coincidencia entre el predicado y el sujeto coexista en toda su duración con el tiempo en que se enuncia. Basta que aquélla se verifique en el momento en que hablamos, aunque haya empezado antes y continúe después». (R. Academia Española, *Gramática*, p. 270. Madrid, 1917). *La coincidencia que coexiste con el tiempo en que se enuncia* es una manera frondosa de obscurecer el concepto que me permito recomendarle con la mayor circunspección al encargado de la sección bibliográfica relativa a Cervantes en la *R. de F. E.* De todo este galimatías tuvo necesidad el gramático de la Academia para esconder que sacaba la doctrina y la forma del venerable texto publicado por A. Bello, en el cual se lee: «Esta relación de coexistencia no consiste en que las dos duraciones principien y acaben a un tiempo; basta que el acto de la palabra, el momento en que se pronuncia el verbo coincida con un momento cualquiera de la duración del atributo, la cual, por consiguiente, puede haber comenzado largo tiempo antes y continuar largo tiempo después». A. Bello, *Gram.* p. 162. París, 1914.

¿O quiere el Sr. A. G. S. que se diga *fuere* allí donde la frase incriminada tiene *fuera*? Eso es mucha codicia, sabe a intolerancia, tiene visos de pretención malsana y de caliginosa obcecación. Véase la *Gramática* de la R. Academia p. 277, línea 6: «*Amara* equivale a *amase* en oraciones subordinadas que llevan el verbo en subjuntivo». ¿Quiere Don A. G. S. ponerle reparos al uso de la frase «un poco más»? Sea el Sr. A. G. S. muy bien venido. Pero yo me quedo con Cervantes que decía *algún poco*; «verás como, alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero» Cervantes, *Quijote* (Rodríguez Marín, p. 93, II, «La Lectura», Madrid, 1911); «mas quien delante—se halló al duelo me contó algún poco—del grave caso» (Garcilaso, *Obras* pag. 32, «La Lectura» Madrid, 1911). Esto es «algún poco»; mas el propio Garcilaso, p. 65 *ibid* dice: «escucha un poco», tal cual si quisiera satisfacer la nimia escrupulosidad del Sr. A. G. S.; «paso que duermo un poco», pág. 79 *ibid*. Véase, además, Cuervo, *Apuntaciones* p. 282: «Está algo, un poco mejor».

5) *en día posterior a 1512*. En esta frase no sé qué censura Don A. G. S., como no sea el decir *a 1512* en vez de *al año de 1512*.

La costumbre de usar el número solo para designar el año es tan frecuente que en verdad me parece el señor A. G. S. persona muy descontentadiza. Se dice: «el hambre de 1812,

o del año 12». Se dice: «en 1917, o en el año de 1917», según la baratura o carestía del tiempo y del papel. «En fecha posterior a 1512» no es frase anfibológica. No se la puede proscribir afirmando que envuelve un absurdo. Si a Don A. G. S. no le agrada, es cosa, en verdad, digna de ser lamentada hoy y en los siglos venideros. Por el momento es cordura atenerse al uso más bien que a la arbitraria decisión de juez interesado.

6) «El 13 de Mayo de 1523, Juan de Cervantes era padre de un hijo llamado Andrés y de una hija llamada María». El original inglés dice de esta manera: «Juan de Cervantes was at this date the father of a son named Andres and of a daughter named María».

¿Quería el señor A. G. S. que yo me expresara de otra suerte para verter una oración tan clara y tan precisa? Aunque me lo hubiera insinuado en tiempo me habría visto en el penoso trance de no complacerlo. El autor no había usado esta forma de expresión a humo de pajas. Este libro del señor Fitzmaurice-Kelly, no es una de tantas biografías de Cervantes, escritas o imaginadas con el propósito de idealizar un personaje o de llenar vacíos que quedan entre los documentos suplidos por una cuidadosa investigación. Es un trabajo en que el biógrafo se propuso concentrar en unas cuantas páginas lo que se sabía de cierto sobre la vida de Cervantes. Es una biografía escrita de acuerdo con los procedimientos de la crítica más exigente. Cada palabra en ese pequeño volumen había sido pesada laboriosamente en la balanza de un criterio severísimo, más bien de acuerdo con el rigor lógico que con las caprichosas determinaciones de la retórica. El autor había dicho solamente lo que debía decir, convencido de que la claridad y la «exactitud» eran las cualidades predominantes en trabajos como éste. Al traductor no le era permitido hacer figuras de acróbata, tocar estilo, como se dijo de Paul de Saint Victor, o diluir en frases ondulantes, un pensamiento expresado con absoluta sobriedad. El señor Fitzmaurice-Kelly tenía los textos por delante y decía «era padre de un hijo y de una hija», porque así y no de otra manera debía de expresarse para no ir más lejos que los documentos.

Por último manifiesta el señor A. G. S. lo inexacto de su información bibliográfica dándoles a sus lectores esta preciosa noticia:

«...En los *Anales de la Universidad* de Santiago de Chile, 1914, CXXXIV, 885-918, y CXXXV, 21-96, apareció otra traducción, debida a las señoritas

Mandujano y Godoy, que aunque en algunos pasajes mejora la versión firmada por Sanín-Cano, en otras la empeora».

La traducción de la Srtas. Mandujano y Godoy publicada en 1914 mejora (lo cual es mucha amabilidad de parte de ellas) la edición española de la misma obra dada a luz en Londres dos años más tarde. Entendíamos que para mejorar una cosa era condición indispensable que la cosa existiese. Para la presciencia y ubicuidad del señor A. G. S. esto no es inconveniente de los llamados insuperables.

Tales son los reparos que el señor A. G. S. le pone a la nueva edición del *Miguel de Cervantes Saavedra*, por Mr. James Fitzmaurice-Kelly, los cuales han venido a parar en nada como suelen los cohetes, si los quemamos de día y al rayo del sol. Podríase poner fin en esta coyuntura a la presente réplica; mas para que el lector pueda juzgar del buen gusto, de la sindéresis y frescura del señor A. G. S., y de la elegancia y donosura de su estilo, voy a poner aquí unos cuantos ejemplos de las formas retóricas que le son predilectas. Me valdré del mismo artículo de la *R. de F. E.* ya citado.

«Citaremos», dice A. G. S., *además otros tres libros*: el de Luis Ricardo Fors, ameno, bien escrito, pero en el que no faltan errores». (*Rev. de F. E.* Tomo V. p. 58). *Además otros tres...* sobra el *otros* o el *además*. Como se ve, esta nota es de una presición admirable. El libro del señor Fors, dice el señor A. G. S., es ameno, bien escrito pero no carece de errores; con lo cual ya puede uno distinguirlo entre muchos, aunque se parece en eso al *Quijote*, a *Pantagrúel*, a los *Sueños* de Quevedo, a un tomo cualquiera de la *Revista de Filología Española* y a las obras del hombre en particular. Sigue enumerando el señor A. G. S.: «el de F. Pinochet Le-Brun, breve índice de los puntos esenciales sobre la vida y las obras de Cervantes, y el de Joaquín López Barrera, dividido en cortos capítulos, en los que también se estudian los escritos cervantinos» (Ibid. p. 58-59). Como indicación bibliográfica la división en cortos capítulos es muy satisfactoria. Si no estuviera dividido en capítulos o si las diferentes partes fueran largas, o unas largas y otras cortas como las mentiras de algunos, el libro no merecería seguramente la pena de ser tomado en cuenta.

Para muestra de estilo elegante, de buen gusto y claridad pueden servir algunas otras sentencias del Sr. A. G. S.; pero no la siguiente: «Si España no fué injusta con Cervantes, tampoco hay que pretender demostrar que sus desgracias tienen plena justificación, dado aquel medio y la vida corriente

de un hombre que no llegó a conquistar en ella la fama otorgada por la posteridad». (Ibid. p. 59). *Sus desgracias*, según la gramática son las de España; según el sentido (suponiendo que el párrafo le tenga) son las de Cervantes. Esto es, sin embargo, de poca monta, si lo comparamos con lo que sigue. Para que uno pueda pretender probar que las desgracias de Cervantes (dado aquel medio y la vida corriente de un hombre) tienen plena justificación, es menester que España haya sido injusta con él. De modo que no hay escapatoria. Siendo España el medio, y no pudiendo nadie meterse en la hondura de probar que España fué injusta sino cuando se sepa que lo fué, hay que dejarle al Sr. A. G. S. la tarea de desenredar el ovillo que, por todo lo lindo, está muy bien enrollado. Fué, además, un gran descuido de España o de Cervantes o de la una y el otro, el que Cervantes no llegara a conquistar en vida la fama otorgada por la posteridad. Hicieron en verdad muy mal España, Cervantes y la posteridad. Esta última ha debido sin duda apresurarse a darle a Cervantes en vida toda la fama a que tenía derecho y que sus contemporáneos (los de Cervantes) le negaron en concepto del Sr. A. G. S. Cómo puede la posteridad darle fama en vida a una persona, es cosa que no explica el crítico de la *R. de F. E.*

«Verdadera importancia literaria», afirma don A. G. S., «tienen los hechos relatados en el último capítulo del libro de Alonso Cortés, concerniente a los años postreros de su estancia en Valladolid, años en que salió el *Quijote*, aunque pronto se vió amargado por un nuevo encarcelamiento y proceso». (Ibid. p. 60). Gramaticalmente, este párrafo parece referirse a la estada del Sr. Cortés en Valladolid, en los tiempos en que salió el *Quijote*, el cual *Quijote*, fué encarcelado otra vez, después de haber salido. El Sr. A. G. S. cambia de sujeto sus oraciones como los políticos de divisa y de principios. En rigor, la víctima de las autoridades judiciales, del fisco español y del estilo del señor A. G. S. viene a ser el pobre Cervantes, aunque no se le mienta en todo el párrafo. «Años en que salió el *Quijote*, aunque pronto se vió amargado por un nuevo encarcelamiento» es un modo gracioso de decir que me recuerda la frase aquella con que le daba principio un autor a su primer novela: «Éran las cuatro de la tarde y sin embargo llovía».

Otro sí. «En ese pleito interviene Cervantes, que se dice «natural de Córdoba», detalle del que el autor exagera su importancia». (Ibid. p. 61). Esto es lo peor que puede hacer un crítico bibliográfico contra la gramáti-

ca española. La frase es perversamente imitada del francés. Acerca de incorrecciones de este género nos han hecho admoniciones precisas autores muy atendibles. Bello (p. 277) censura esta construcción poniendo el ejemplo siguiente: «Roma, sujeta a una tiranía de que nadie podía preveer el término», y corrige, «Roma sujeta a una tiranía cuyo término nadie podía preveer». Los franceses dicen: «dont on ne pouvait prévoir la fin», porque ellos carecen del manual y socorrido *cuyo*. Pero el señor A. G. S. imita la construcción francesa y la pervierte. *De que no se podía preveer el término* es sencillamente un galicismo, pero la construcción tiene la claridad y la exactitud de la lengua francesa; en tanto que en «detalle de que el autor exagera su importancia» el posesivo *su* y el *de que* son albarda sobre albarda.

La viveza de las representaciones es a veces deslumbradora en la prosa genial del señor A. G. S., que dice verbi gratia: «un discurso del señor Rodríguez Marín, en que pinta al Dr. Juan Blanco de Paz apoyándose en documentos inéditos.» (Ibid. p. 61). Desde aquí alcanzo a ver una de esas fotografías en que un abogado de provincias le lega su efigie a la posteridad. Está sentado cerca de una mesa. Apoya el codo sobre dos in folio, puestos uno sobre otro, y con la mano se acaricia una frente despejada y, a fuerza del jabón usado para la ocasión, rubicunda y luminosa. Pero no se crea que es el Dr. Blanco, clérigo indigno, el que se apoya en los documentos, sino el señor Rodríguez Marín, aunque en sentido meramente figurado.

Quedan dos palabras por decir. No me habría extendido tanto en proferir las alabanzas del Sr. A. G. S. y de la *R. de F. E.*, si se tratara solamente de ellos; pero es el caso que la actitud mental del uno y las tendencias de la otra se hacen presentes muy a menudo en el cenáculo formado por los que en el momento actual llevan o pretenden llevar en España el cetro de los estudios filológicos. Esta gente que predica en público la fraternidad entre España y las naciones hispánicas del otro lado del mar, trabaja en secreto por desconcepar a los escritores americanos y por cerrarles el paso a las obras que ellos producen. Quieren hacer creer que los españoles de América están echando a perder el castellano. Los académicos y academizables de Madrid y de provincias parecen estar convencidos de que, si los americanos rehusamos hablar en Bogotá, en Méjico, Buenos Aires o La Habana, como se habla en la Puerta del Sol y en las tertulias literarias de Madrid, no hablamos español sino jerigonza. Todavía no han descubierto que el cas-

tellano pasó al Nuevo Mundo en la época de su mayor esplendor literario, y que los españoles lo guardaron allí con el mismo cariño filial con que los peninsulares, que tuvieron y tienen el sentido de la expresión clara y donosa, le han guardado en España de entonces acá. Parecen ignorar que las lenguas se desenvuelven conforme a leyes conocidas o desconocidas sobre las cuales tienen apenas influjo las Academias y los cenáculos.

La América Española tiene el mismo derecho de desenvolver su idioma, conforme a las necesidades y a las influencias del medio, que tuvieron Rumanía y España para desenvolver el latín recibido de los romanos. No es posible exigirle a un hijo de la Habana, por ejemplo, que deje sin nombre objetos de la naturaleza que no existen en España, mientras una determinada corporación matritense no haya resuelto bautizar esos objetos. Tampoco se puede insistir en que los americanos sacrifiquen el uso de bellos modos de decir antiguos, todavía populares en aquellas comarcas, a la decisión académica que los declara anticuados, simplemente porque ya no se hace uso de ellos en los pasillos de los teatros madrileños o en los discursos del Congreso. España tiene veinte millones de habitantes. Hay en América de habla española cosa de 56 millones. Siguen algunos de aquellos países el curso de las ideas con más diligencia que España y aplican las conquistas de la ciencia y de la experiencia a las necesidades de la vida con más determinada previsión y con más alacridad que suelen hacerlo los españoles. Se lee más en América que en España. Hay allí poetas, novelistas, historiadores, filósofos, que son prez y honra de la raza. Los filólogos americanos de valor mundial y de orientación científica surgieron a la vida antes que los españoles de la misma ocupación y envergadura.

¿Qué justifica, pues, esa actitud de superioridad que proscribía, en las tinieblas, la lengua y la producción americanas? Colombia, Venezuela, Bolivia, Méjico, Uruguay, se ufanan a voz en cuello de seguir humildemente las prácticas y los preceptos del literato español, a tiempo que el literato español de ciertos cenáculos alza los hombros y mira con ceño, por debajo de los anteojos, a cuantos poetas, novelistas o dramaturgos ejercen su actividad al otro lado del Atlántico. Una obcecada intransigencia política, una ceguera imperialista, contribuyeron a cortar hace un siglo los lazos de comunidad nacional existentes entre España y América. Basta mirar hacia atrás con ánimo desprevenido para comprender que una visión más generosa de las aspiraciones generales de

la raza y del sentimiento de la propia estimación que surgía entre los pueblos americanos les habría dado a los estadistas españoles de 1810 a 1825 la clave para resolver el problema de la fraternidad entre los pueblos de una misma raza. Faltó esa visión generosa y se deshizo un grande imperio. Queda

un lazo que es la lengua: estamos en peligro de que los académicos, los academizables, con más empeño, y los escritores incapaces de sentir las necesidades del idioma, lleguen a cortarlo.

B. SANÍN CANO

De "Notas de viaje"

EN GUATEMALA

UNA caravana de indiecitos va trotando por la Octava Avenida.

Es un trotecito suave, rítmico, avanzado, y no extenuante. Cuando los transeuntes les dificultan el tránsito, andan como nosotros; para reanudar su trotecillo, apenas hallan paso libre.

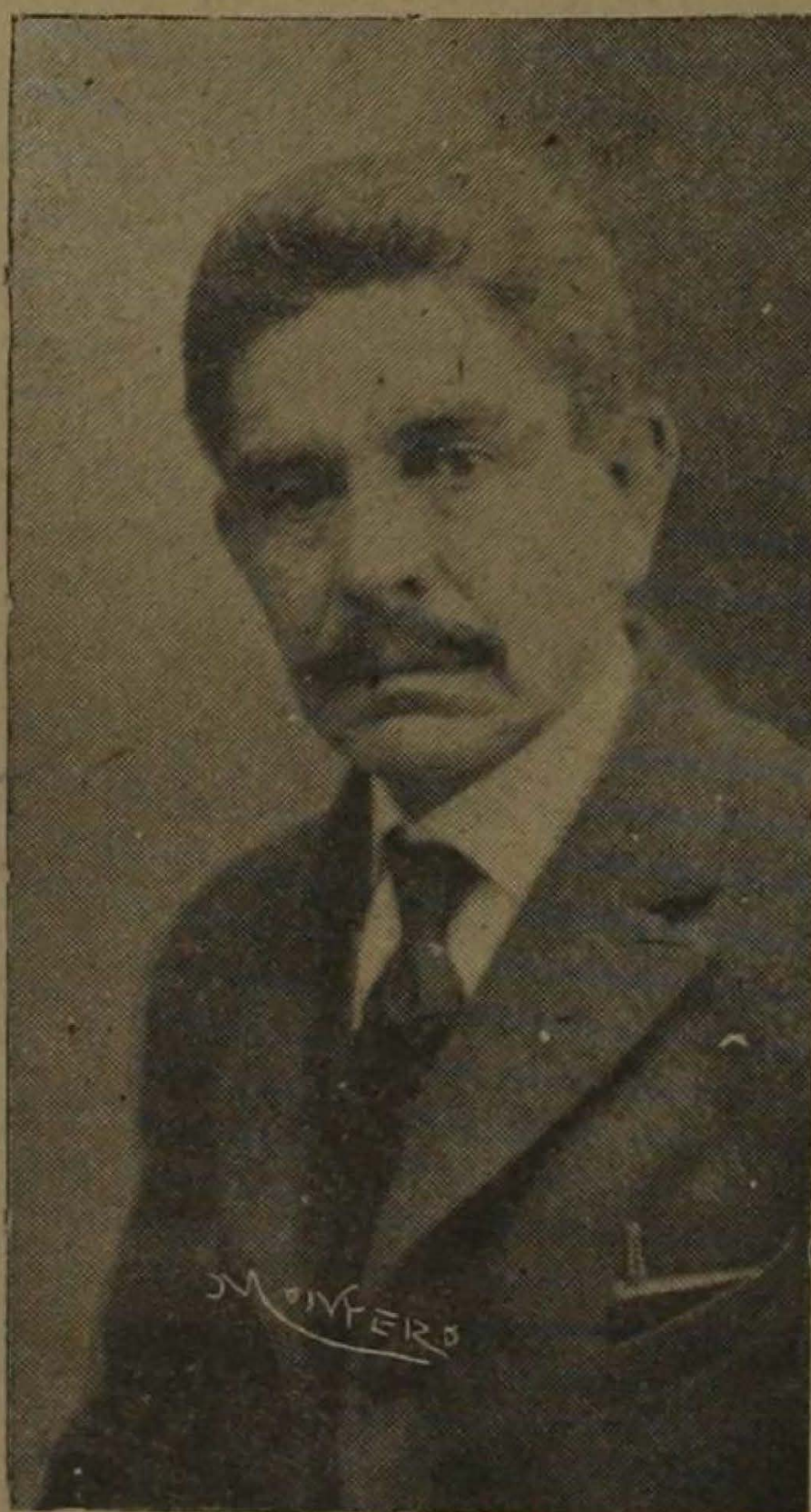
Las mujeres llevan sus niños, pendientes hacia atrás o hacia el lado izquierdo, en una como hamaca de tela, que les llega hasta más abajo de la cintura. Los bebés, pacientes, agueridos desde que nacen, se adormecen o duermen al ondular del trote maternal.

Estos indios son finos, pequeños, delgados, todo nervios. Su piel atezada, mate, obscura con leve tinte róseo, habla del aire y del sol, de la llanura y la montaña, del sueño bajo la guarda de las estrellas, y del caminar temprano,

nero, a las primeras dianas del gallo y de la *aurora*. Es ésta una avecita semi-nocturna, muy parecida a la *lechuza*, poco más grande que una cordoniz. Desde las cuatro de la madrugada o un poco antes, comienza a llamar a nuestros campesinos, a que emprendan el trabajo del día. Este pájaro, madrugador como el labriego, de sencilla apariencia y canto humilde, quedaría muy bien como símbolo de la raza india, en nuestro futuro escudo de Centro América.

El trotar de los indios ¿viene de la necesidad de recorrer largas distancias? Quizá no; será más bien que hallaron, desde siglos, la ley del ritmo, aplicada a sus movimientos en las diarias y dilatadas jornadas. Un pueblo cuya industria es ir y venir lejanamente, llevando a cuestras su comercio y sus niños, debió, por instinto y por necesidad, estudiar todos los secretos de la marcha, y descubrir todas las virtudes recónditas del movimiento musical y acompasado. Y tan adentro fueron en el conocimiento de esta ciencia maravillosa, que, si por acaso van libres, sin carga ninguna, se lastran con algunas piedras echadas adentro del *cacaste*, para suplir así, en una moderada proporción, el peso habitual de sus jornadas. Saben estos indios, que los órganos se atrofian por el desuso, y que, por el contrario, el ejercicio constante, periódico, desarrolla fuerzas y destrezas increíbles; y así como Víctor Hugo practicaba fielmente su consigna de *ni un día sin su línea*, y Edison cumple la suya de *ni un día sin sus catorce horas de trabajo*, (sin exceptuar el día de su natalicio) así estos nómades heroicos no marchan nunca sin llevar alguna carga, para que el cuerpo y la voluntad no se les aflojen, y para que el trabajo no les resulte maldición sino hábito.

Tal como su andar es veloz y su trabajo rudo, así es su descanso de reparador y confortante. El ritmo de su carrera imprime a su sueño la virtud de una profunda restauración, y el desgaste diario, intenso e igual de sus tejidos, hace que la materia de su cuerpo se renueve rápida y totalmente en breves años. Y es así como de su andar musical, fluyen calladamente su



ALBERTO MASFERRER

Secretario de la Delegación Salvadoreña a las Conferencias de Plenipotenciarios Centroamericanos, reunida en estos días en San José de Costa Rica.

salud y su fuerza, su vivir sereno y suave.

Recuerdan estos indios al ciervo y la gacela. Son, como ellos, animalitos ágiles, sobrios e inofensivos; son de la raza noble del caballo y del buey: seres magnánimos que dan más que lo que consumen. Gentes que viven de frutas, de raíces y de granos, de agua y de aire, de movimiento y de luz; y con sus hombros férreos y sus frentes de acero, sus piernas veloces y sus recias caderas, sostienen y sobrellevan el peso de la nación entera.

Son ellos las raíces invisibles, incommovibles y robustas del grande arbol-nación. Y ahora, como hace cinco siglos, son la raza matriz y material, potente y generosa, que da todo y que nada recobra.

—TOCAN las campanas de San Francisco.

¿Tocan? ¿Gimen? ¿Lloran? ¿Piden socorro o claman por misericordia?

Las torres, los torreones, los campanarios, todo lo que en el vasto y eminente santuario subía de la tierra al cielo, cayó derruido, destrozado, hecho polvo, al estrago del remezón

tremendo... como si la Tierra, ansiosa de purificarse, quisiera echar de sí hasta las cosas santas, hasta las moradas de la oración!...

Allá en lo alto, aferradas a los poderosos grapones, como un alma que se adhiere al cuerpo agonizante, quedaron las campanas; y desde ahí, sobre la ciudad melancólica, salpicada de ruinas, cantan, oran, suspiran, derramando sobre los templos y los palacios destrozados el divino rocío de sus plegarias.

¡Las campanas! ¿No son el alma de los templos? ¿Su voz, no es, acaso, el espíritu que trasciende y se sobrepone a la materia, y convierte en pensamiento y éxtasis hasta las formas informes de la piedra?

Y cuando esas sonoras y plañideras voces fueron fundidas ¿no entró en la liga, junto con el hierro y el oro, el pensamiento y las emociones, la esperanza y la fe, cuanto había de puro en el alma de los que vivían entonces?

¿Por qué las campanas de ahora, meros productos de la industria, no resuenan y cantan como estas antiguas, centenarias campanas, surgidas del espíritu en los remotos días, cuando los hombres sabían creer y sabían orar?

De "Ideas y Formas"

CONOCETE A TI MISMO

LA extensión de este mandamiento es doble.

Primero, exige el conocimiento del hombre en general; como si dijéramos de la Psicología Humana, la cual se bifurca en las de raza, sexo, nacionalidad y época.

Segundo, exige el estudio de sí mismo, el autoanálisis de cada uno, con sus idiosincrasias, pasiones, tendencias, taras y enfermedades, vocación, virtudes, defectos y potencias.

Lo primero, se necesita para comprender la Historia, la Política y el Arte de Gobernar; lo mismo que el sentido íntimo y el contenido social del Arte y de las Letras en cada lugar y tiempo.

Lo segundo, de mayor trascendencia, nos enseña el gobierno de nosotros mismos y el camino de nuestra salvación, que no es otro que el de la humildad.

El hombre que llega a conocerse, por fuerza será humilde; y siéndolo, podrá entrar en el sendero de la caridad—sin la cual, enseña San Pablo, ninguna cosa tiene precio, ni aun la limosna.

Como la caridad es el anhelo de vivir en los demás, o sea el amor a

Dios, realizado mediante el amor a sus criaturas, se comprende que sólo el humilde sea capaz de tan fervoroso deseo; pues el soberbio, sintiéndose por encima de todos, superior a todos y diverso de ellos, no puede amarles, ni verles con ternura y respeto; antes bien, y únicamente, como instrumentos y satélites de su propia gloria.

Mas el hombre que se conoce, perderá la soberbia. Se tornará más y más humilde cuanto más se conozca, hasta llegar a comprender y a sentir que toda excelencia, hasta las más suyas y propias, no están en él sino de reflejo, pues su verdadera, real y perdurable residencia no es el yo, la individualidad, sino el Todo, la *Universalidad*, que es la manifestación de Dios.

De este conocimiento, que es *Caridad*, se origina la *Santidad*, o perfección que nos lleva a ser salvos.

Bien dijo quien dijo que el conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría. Mejor dijera si dijera que es también su camino y su coromiento.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

FUERZA

LA fuerza es *una*: igual la que se gasta en escudriñar un misterio, que en balancear ociosamente las piernas. Igual la que cristaliza en un verso, en un cuadro, en una sinfonía, que aquella que labra la tierra con la azada, o la madera con el hacha.

El niño no cuida de sus fuerzas, porque le sobran, y porque derrochándolas las ejercita y las aumenta. Mas el adulto, si ya decae o tiene que gastarse en muy rudas faenas o consumirse en hondos pensamientos, debe encauzarlas y economizarlas; no gastándolas sino con plan, sobriamente, contentivamente.

Nos conviene, si es que ya estamos penetrados de esta unidad esencial de las fuerzas, ahorrar movimientos y palabras inútiles, huir de arrebatos y sacudidas, y no andar arrastrados de imaginaciones sin freno y de pensamientos sin cauce. Nos conviene el trabajo concreto y regulado, o el descansar entero y hondo. Nos conviene, como al león, ser mesurados e intensos; reposar, dormir profundamente, rehacernos, distender los nervios y olvidarnos de la presa mientras no llega el instante de acecharla y de saltar sobre ella.

Los niños conocen y practican esta economía del león y del águila: cuando no juegan, reposan; recostándose, reclinándose, adoptando siempre relajadas y cómodas posturas. La rigidez social o escolar que les impone sentarse bien, enderezarse, andar erguidos, es para ellos una tiranía inexplicable, y la evaden tanto como pueden.

Las sillas sin brazos son una maldición: la mesa de trabajo, torpemente construída, que nos obliga a empinar-nos o a encorvarnos, nos roba, nos defrauda las fuerzas. El hombre, con solo estar de pie, ya realiza un duro trabajo, y es necedad o maldad cansarle y fatigarle cuando y ahí mismo donde se imagina que descansa.

Nuestras fuerzas son nuestro tesoro; precisamente, nuestra vida. El reposo es el manantial que las alimenta y las renueva. El movimiento contenido, equilibrado es el que les concentra e intensifica y sereniza, extrayendo de ellas la energía y la gracia, que son sus flores; tal como la luz, trenzando la cabellera loca de una catarata, extrae un arco iris, que es también una flor.

ALBERTO MASFERRER

Con el título de IDEAS Y FORMAS, NOTAS DE VIAJE, en breve saldrá un librito de Masferrer en una de nuestras ediciones, la de Autores Centroamericanos.

EDWIN MARKHAM

NACIÓ Edwin Markham en Oregón hace sesenta y ocho años. Niño aún, pasó al Estado de California, donde se dedicó a estudiar, literatura principalmente, en los ratos de ocio que le proporcionaba su labor de boyero. Ya hombre, llegó a ser maestro de escuela y a colaborar de vez en cuando en los diarios de aquella parte del país. Pero alcanzada su fama de poeta, abandonó el Oeste y hace veinte y tantos años reside en la pintoresca Staten Island, que divide las aguas de Nueva York en dos bahías. Allí le he conocido.

Tiene Markham aspecto de profeta. Barbudo, de cabellos blancos y largos, más bien grande de estatura, majestuoso en su manera, hay en él cierto reposo de volcán nevado; revela naturaleza virgen, quietud, fuerza latente, vigorosa ancianidad. «Tu poeta», me dijo Rubén Darío, después de haber leído conmigo los poemas de Markham, «tu poeta es a la vez león y cordero. Quiero conocerlo.» Markham estaba entonces lejos de Nueva York, y el encuentro de los dos poetas no llegó a realizarse. Más tarde, en la sesión de honor de la *Poetry Society* celebrada en memoria de Rubén Darío, Markham, profundamente conmovido, dijo el respeto y admiración que sentía hacia el gran poeta de la América española, y su pena por no haberle conocido personalmente. La frase de Darío pinta a Markham tal como es: salvaje y humilde, fuerte y dulce, capaz de grandes indignaciones y grandes piedades. La influencia de la naturaleza en que se crió, montañosa y ricamente hospitalaria, ha obrado tanto en su aspecto corporal como en su alma.

Markham es a la vez sociólogo y místico. Halla sus soledades en el corazón de los hombres, y oye la voz de Dios en el habla humana. Su gran poema, «The Man With the Hoe», (El hombre con la azada), inspirado por el cuadro de Millet, que el poeta vió en San Francisco, expresa su religión y su socialismo. Pinta en sonoros pentámetros ingleses la vacuidad, la estupidez, el alma muerta del labriego que retrató el pintor; y apostrofa a los reyes y presidentes, a los papas y capitalistas, culpándolos de haber apagado la luz de ese cerebro, entumecido ese corazón, hecho del hombre una bestia de carga y de la imagen del Señor algo que avergüenza a la humanidad. En su poema se respira revolución y devoción. Publicado en el «San Francisco Examiner», en menos de un año recorrió todos los países de habla inglesa, causando en los Estados Unidos verdadero estremeci-

miento social. Desde entonces ha sido mil veces texto de sermón y tema de calurosas discusiones políticas y morales, hasta en el mismo seno del Congreso. A raíz de su publicación, onda de huelgas atravesó el país. Markham, a más de poeta, es uno de los pilares más soberbios sobre que descansa el edificio del socialismo en los Estados Unidos.

En su poema sobre Lincoln, publicado en su segundo volumen, hace quince años, rejtera Markham sus tendencias archidemocráticas y cumple de lleno su promesa de poeta. Ser el autor de «The Man With the Hoe» y «Lincoln» es haber triunfado. William Dean Howells, augusto decano de los escritores de su patria, crítico notable, coloca a Markham a la cabeza de los poetas americanos de hoy. Robert Underwood Johnson, presidente de la academia, ha dicho: «Cada nueva poesía de Markham es suceso nacional. Max Nordau lo compara con Milton y Swinburne, y lo aclama como superior a Whitman; pero en esto último influye cierto prejuicio de charlatán demasiado bien conocido. Markham es poeta y gran poeta; cuán grande, el tiempo dirá, pero de seguro no más grande que el gran Walt.

Su tercer libro de poesías se ha publicado ya. En «The Shoes of happiness and Other Poems» hay mucha ternura. Markham ha alcanzado las «cimas crepusculares» y desde esa elevación espiritual dulcemente asegura de nuevo que Dios está en el lodo humano. «Amad al hombre, y habréis sondeado las profundidades de Dios», dice uno de sus versos. Su amor para los hombres—«para los hombres que trabajan y sufren; de cuerpos como retorcido tronco de roble; poseedores de la paciencia de las arenas del mar»—es un amor inmenso y luminoso como el del sol. Para construir los palacios de la Nueva Jerusalén basta, dice, «el barro de los senderos cotidianos».

Ama a su patria y teme por ella. Canta contra el «gusano de la avaricia y el gusano de la comodidad» que roen y tal vez lleguen a carcomer por completo los cimientos del Estado, «a la sombra de las horas que nada sospechan.» Ama a todos los pueblos, a todas las razas subyugadas y demandó al Czar piedad y justicia para los judíos de su imperio. La guerra le arrancó poemas vigorosos, como el estridente «Chant of the Vultures» (Canto de los buitres). Contra la guerra sanguinaria predica la guerra moral; en el Poeta ideal ve al heraldo

que la precede, «llamando a los corazones jóvenes, despertando a los muertos y sacudiendo los portales que cubre la herrumbre.»

El estilo de Markham es el más sencillo imaginable. Posee, en vez de claridad latina (de laberinto iluminado), claridad griega. Parece haber estudiado retórica en Eurípides, con quien tiene mucha semejanza, sin llegar, por supuesto, a su estatura. La manera de razonar, dilatada y poco lírica, es idéntica en ambos. Nada ha aportado Markham a la riqueza métrica de su idioma, y nada parece haber aprendido ni de los magos del ritmo compatriotas suyos, Poe y Sidney Lanier, ni de los maestros ingleses, Rossetti y Francis Thompson. «Virgilia» (poema en que canta su primer amor y dice su ambición) contiene, es cierto, estrofas de gran musicalidad. Pero no es música nueva. Aquí emplea Markham las flautas y violines de Swinburne. Oíd:

What sent it upon me—my soul importunes—
All the grief of the world in a little span,
All the tears and fears, all the fates and
[fortunes
That the heart holds for a man?

Aliteración, rima interna, rima grave (lujo en inglés) y cierta languidez apasionada que se permite toda una estrofa, y a veces, más, para expresar una sola idea, una sola imagen,—todo esto es altamente Swinburnesco, y distinto del estilo natural de Markham. Bien conoce, sin embargo, ciertos recursos musicales de su idioma, que casi por completo ignoran la mayoría de los versificadores de su patria;—el efecto que resulta de palabras monosílabas sajonas y polisílabas latinas.—

«Pillared on peaks afar,
I watched the punctual, Inmemorial march
Of star on glorious star...»

son versos para leerse a todo pulmón. Con las nuevas tendencias poéticas («imagismo, vers-librismo, polyrhythmicismo», etc.) de su tierra, Markham nada tiene que ver. No ha de capitular ante los jóvenes, pero tampoco les hace frente enemigo. Al contrario, los poetas nuevos, como el delicioso Shaemas O'Sheel y otros han encontrado en Markham maestro y amigo.

He dicho que el estilo de Markham tiene parecido con el de Eurípides; pero hasta allí llega su helenismo. En espíritu no pertenece a Grecia ni a la época presente; pertenece, lo digo en su loor, a la segunda mitad del siglo trece en Francia. Markham es medioeval, de 1250. En aquella época se vivía intensamente; el espíritu de los hombres se mantenía alerta. Se era sencillo entonces, tan sencillo, que los juegos populares formaban parte de las ceremonias religiosas: se

jugaba en el seno de Dios. En la nave central de la catedral de Auxerrois, por ejemplo, sacerdotes y fieles jugaban solemnemente a la pelota el domingo de Resurrección. Se gozaba plenamente de la dulzura de las honestas relaciones humanas... Lazo de amor fraternal unía a los hombres, y una gran piedad. Imperaba la democracia, a pesar de los señores feudales. Se iba a la siembra y a las cosechas cantando. Sobre todo, se creía en la humanidad de Cristo, en la divinidad del Dios-hombre. Markham, característicamente, tiene predilección por las leyendas medioevales y en sus versos ha recontado muchas, como la del Saltimbanqui de la Virgen que

también Anatole France ha vulgarizado.

Además de los tres volúmenes de versos que he mencionado, Markham ha escrito seis libros en prosa: ensayos de sociología, viajes, literatura. Buena parte de su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano, y escandinavo. En nuestra América ya se le conoce; Hypólito Mattonel ha traducido algunas poesías suyas al castellano. Los países latinoamericanos le interesan hondamente: sus problemas sociales, su literatura.

SALOMÓN DE LA SELVA

(Sin Nombre. Nueva York, VIII-1920).

EL HOMBRE DE LA AZADA

(Escrito ante el famoso cuadro de Millet).

Doblado bajo el peso de los siglos,
mira hacia el suelo con la vista fija,
con la oquedad de edades en su rostro
y la carga del mundo echada a cuestras.
¿Quién lo hizo inmune al éxtasis y al grito
del dolor, sin pena ni esperanza,
estólido, insensible, como el buey?
¿Quién ha desvencijado esta osamenta?
¿De quién la mano que acható esta frente?
¿Qué aliento apagó el fuego en su cerebro?

¿Es esto acaso lo que el Señor hizo
para domar los mares y la tierra,
para trazar las órbitas de estrellas,
para encender el fuego de lo eterno?
¿Es acaso este el sueño que soñó
quien hizo soles y creó equilibrios
en la balanza inmensa del Vacío?
No hay en todas las grutas del infierno
una sombra más trágica que ésta,
más llena de protesta enmudecida,
más cubierta de símbolos y signos
preñados de amenaza al universo.
¡Qué golfos entre él y el Serafín!
Esclavo de la rueda del trabajo,
¿qué son para él los pléyades, Platón...?
¿Qué son para él las cordilleras líricas,
la aurora y el bochorno de la rosa?
A través de esta Sombra, las centurias
contemplan la tragedia interminable
y en su espalda encorvada gimen siglos;

a través de esta sombra, traicionada,
la gran Humanidad desheredada
protesta ante los Jueces Infinitos
y en su protesta hay rumor de profecía...

Oh, reyes y opresores de la tierra:
¿es este el barro que entregáis a Dios,
este monstruo cuya alma se ha plegado?
¿Cómo habréis de hacer recta esta figura,
de restaurar la chispa de la inmortalidad?
¿Cómo alzareis su vista hacia la luz?
¿Cómo daréis a su alma su música y su ensueño?
Oh, ¿qué haréis de la infamia inmemorable?

Oh, reyes y opresores de la tierra:
¿qué ha de hacer el Futuro de este hombre?
¿Cómo ha de responder a su brutal pregunta
cuando el viento de las grandes rebeliones
azote costas y derroque muros?
¿Qué será de los reyes y sus reinos,
de los culpables que le han dado forma,
cuando este Terror mudo lance su grito al
[cielo
después del silencio de los siglos?

EDWIN MARKHAM

(Traducción de Luis Muñoz Marín).

(Cuasimodo, Panamá).

EDICIONES

DE «LA LECTURA»

PASEO DE RECOLECTOS, 25. — MADRID

CLÁSICOS CASTELLANOS OBRAS PUBLICADAS

- SANTA TERESA. — *Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA. — *Teatro*. Por don Américo Castro.
GARCILASO. — *Obras*. Por don Tomás Navarro.
CERVANTES. — *Don Quijote de la Mancha*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
QUEVEDO. — *Vida del Buscón*. Por don Américo Castro.
TORRES VILLARROEL. — *Vida*. Por don Federico de Onís.
DUQUE DE RIVAS. — *Romances*. Por don Cipriano Rivas Cherif. (2 vols.)
B^o JUAN DE AVILA. — *Epistolario espiritual*. Por don Vicente García de Diego.
ARCIPRESTE DE HITA. — *Libro de Buen Amor*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
GUILLEN DE CASTRO. — *Las Mocedades del Cid*. Por don Víctor Said Armesto.
MARQUES DE SANTILLANA. — *Canciones y decires*. Por don Vicente García de Diego.
FERNANDO DE ROJAS. — *La Celestina*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
VILLEGAS. — *Eróticas o amatorias*. Por don Narciso Alonso Cortés.
POEMA DE MIO CID. Por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por don Julio Cejador.
FERNANDO DE HERRERA. — *Poetas*. Por don Vicente García de Diego.
CERVANTES. — *Novelas ejemplares*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (2 vols.)
FR. LUIS DE LEÓN. — *De los nombres de Cristo*. Tomo I y II. Por don Federico de Onís.
GUEVARA. — *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*. Por don M. Martínez Burgos.
NIEREMBERG. — *Epistolario*. Por don Narciso Alonso Cortés.
QUEVEDO. — *Los Sueños*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
MORETO. — *Teatro*. Por don Narciso Alonso Cortés.
FRANCISCO DE ROJAS. — *Teatro*. Por don J. Ruiz Morcuende.
RUIZ DE ALARCON. — *Teatro*. Por don Alfonso Reyes.
LUIS VELEZ DE GUEVARA. — *El Diablo Cojuelo*. Por don Francisco Rodríguez Marín.

A nuestros abonados que piensan cambiar de residencia en los meses de verano, les rogamos nos lo avisen con tiempo, para evitar el extravío o pérdida de ejemplares del periódico. Estimaremos este aviso como una muestra de consideración y simpatía.

LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA V. DE LINES

APARTADO DE CORREOS N^o 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38 - TELÉGRAFO «LINES»

Acaba de recibir: Blocks para cartas, Sobres, Tintas Stafford, Davis y Carter, Pasta blanca en tarritos, Goma

Por cada correo se reciben las novedades literarias españolas y extranjeras

Ultima novela de Hugo Wast: Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre. Léala Ud.

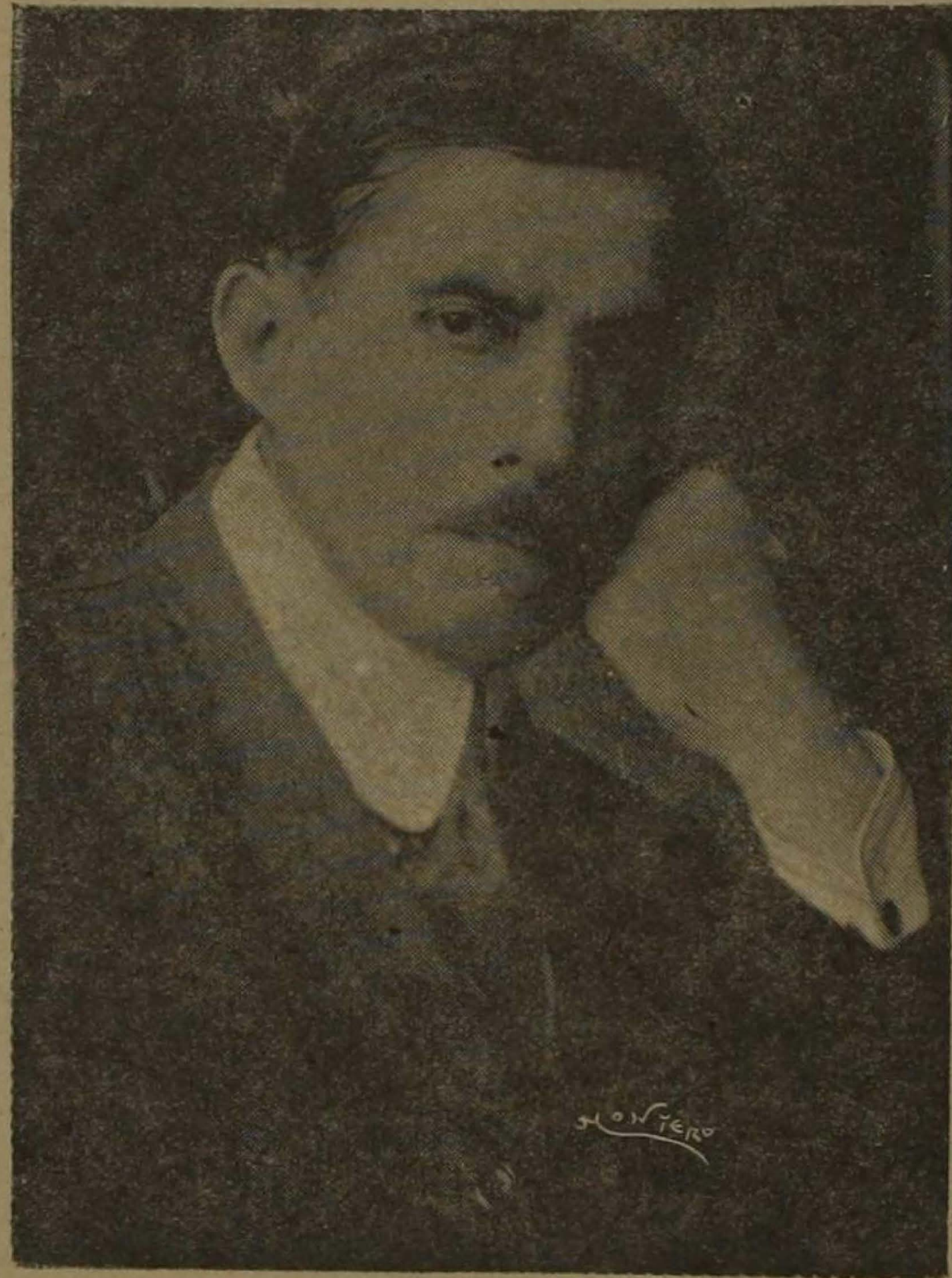
SALUTACION A CHOCANO

QUE nuestras auroras blancas pongan su resplandor en tu gloriosa lira, y las rosas de nuestros jardines perfumen tus versos nuevos, bizarros y espléndidos como los soldados de un poema homérico.

Los dioses americanos fueron benignos contigo. Te dieron el arpa de nuestros antiguos místicos y pusieron en tu corazón la sabiduría profética para enseñar a nuestra gran raza. Tú eres el poeta y el profeta de nuestro continente.

Los que pudieran quejarse de tu vida, ignoran que tu historia no está en tus días fugaces sino en la gloria permanente de tus cantos.

Las tragedias de tu vida, hermosas y audaces,



JOSÉ SANTOS CHOCANO

'Ahora de paso por esta tierra de Costa Rica.

viejas edades de los poetas coronados de laurel inmortal.—RÓMULO TOVAR.

nos hacen pensar en el sereno dolor del mármol griego. Tu alma harmónica y formidable padece embriagueces celestiales y está por encima de los pequeños tormentos de los hombres.

Tus palabras alumbran la conciencia de América desde las regiones de la Luz. Tú eres también digno de ser conducido a través de los altos dominios de la vida por una visión de amor y de pureza, puesto que tú eres un varón fuerte.

Que la tierra de nuestros mayores sea de nuevo propicia a tus pasos de peregrino, oh! tú, que nos haces recordar las

Nuevas tendencias de la educación en los Estados Unidos

I

LA ESCUELA DE SPEYER

LA ESCUELA de Speyer, como algunas otras de los Estados Unidos, ha sido un embrión de lo que serán las escuelas con el correr de los días, a medida de que se comprenda la trascendencia de la socialización de la educación en el desarrollo de las instituciones cada vez mejor organizadas para el servicio de la comunidad. La concepción de la escuela que hemos vivido en las pasadas generaciones ya no puede perfeccionarse sin peligro de que se aleje cada vez más de los problemas e intereses vitalmente humanos. El progreso de las escuelas implica de toda necesidad una nueva

concepción de ellas en armonía con esos problemas y con esos intereses de las comunidades que están llamadas a servir. El hombre que se muestra incapaz de colaborar con sus semejantes en una sociedad no se halla preparado para vivir en su seno. Y la escuela que no responda a las necesidades de esa vida de solidaridad humana es aún, por conservatismo, la dominante por donde quiera; pero se halla en vías de transformación siguiendo el movimiento de los nuevos tipos de adaptación al servicio social. Se va comprendiendo que no se ajusta a su tiempo ni cumple su cometido la escuela que,

sin dar cabida a las actividades de la comunidad, pretende preparar a los jóvenes y las niñas para asumir sus funciones sociales en el mundo. La Escuela de Speyer es una de las primeras en realizar, en gran parte, los propósitos de la educación socializada. Por eso la he elegido al dar comienzo a la exposición de las ideas que informan y vitalizan las nuevas escuelas de los Estados Unidos.

Si hubiese de definir en una sola expresión la esencia de esta escuela, diría que ella fué de experimentación.

Sugirió su fundación el Decano de Teachers' College de la Universidad

de Columbia, James E. Russell, y desde el nacimiento de la institución con dos propósitos determinados: servir de escuela de práctica aneja a Teachers' College y de campo de investigación para resolver problemas experimentales de la ciencia de la educación. Y se abrió el 30 de junio de 1899 con los rezagos de las otras escuelas públicas, como es generalmente el caso con las escuelas nuevas. El primer problema, fué adaptar estos niños a un trabajo subprimario y superior al de los jardines infantiles. Un curso de éstos se dejó a cargo de la señorita Anna Blake y el grupo de la escuela elemental se encomendó a la señorita Amy Schüssler, maestra de la escuela de Horace Mann y graduada en Teachers' College. Con estas solas dos maestras la escuela alcanzó a tener cuatro secciones durante el curso de 1901-1902. Desde un comienzo se procuró convertirla lentamente en un centro social de la comunidad, en torno de la calle 129 y la Avenida Amsterdam, en donde se había arrendado media casa con destino a esta escuela. Se dió principio por las reuniones de padres de familia durante las horas que más les convenían y por las visitas de las maestras a los hogares. Simultáneamente fué formándose la Biblioteca de la escuela sostenida y servida en parte por los alumnos de Teachers' College con carácter de circulante. Y fué novedad de esta escuela la introducción de las artes domésticas e industriales, al lado de los cursos corrientes.

En 1901 el señor James Speyer y su señora hicieron el obsequio de cien mil dólares para la erección de un edificio y la compra del terreno. En 1902 quedó concluido con la capacidad para 240 alumnos de escuela elemental y 50 de jardines escolares. El costo efectivo del edificio subió a ciento treinta mil dólares. Posee gimnasio, baños, salón de conferencias, talleres de costura, cocina, y artes industriales, todo lo cual se abrió también al público. El edificio tenía además cuartos para los maestros y jefes a fin de que instalándose allí su morada, sirviesen mejor las necesidades de la comunidad.

Y ésta supo aprovecharse de tal conjunto de oportunidades. Se organizaron clases postescolares de costura, cocina, artes domésticas e industriales. Los salones del gimnasio y jardines infantiles se destinaron a las conferencias públicas, reuniones sociales, y recepciones. El gimnasio mismo, los baños, y la biblioteca abrieron al público. Fomentáronse las asociaciones de niñas, de muchachos, y de padres de familia, con los más variados propósitos sociales, industriales, y artísticos. Y las clases nocturnas puramente académicas formáronse

cuantas veces fueron solicitadas.

El edificio había sido donado a la comunidad; ella tiene el derecho de disfrutar de él, una vez cumplido el propósito fundamental de la donación. Las escuelas públicas, de igual suerte, se edifican, equipan, y mantienen con los fondos públicos, y la sociedad circundante posee el derecho a servirse de ellas, para llevar a término, en su recinto, cuantas actividades sean compatibles con los fines fundamentales de toda sociedad.

Era ello una franca manera de construir una opinión en la comunidad acerca del uso posible de los edificios escolares en la promoción del progreso social, en oposición al prejuicio dominante de que las escuelas se han destinado tan sólo al recitado de las lecciones, y la comunidad respondió al llamado de la escuela. Comprendió, aún cuando solo fuese de manera incompleta, que aquella institución venía a satisfacer la urgente necesidad de colmar el vacío que existe entre la salida de la escuela y la entrada en el más vasto mundo del trabajo y de la brega para abrirse un campo al sol.

En la Escuela de Speyer la aspiración de cultura no se limitó a la instrucción del grupo de alumnos que llegaban diariamente a sus aulas, antes bien abarcó la educación de la comunidad. Entre otros muy salientes éste es uno de los grandes méritos de esta escuela: haber comprendido y empeñándose en realizar el ideal de convertirse en el centro social más animado de la comunidad, sin perder nunca de vista que sólo es realmente educativo lo que afirma y desenvuelve nuestros poderes internos, la conciencia de nuestra personalidad en el juego cooperativo de la solidaridad social, lo

que nos inspira valerosos propósitos y nos invita a abrazar más amplios horizontes en la vida.

Así la Escuela de Speyer puso cuanto era y poseía al servicio del grupo social dentro del cual hallábase actuando. Servía por lo tanto un elevado ideal social. Pero por otra parte, para que la educación se aprecie en todo su valor, se hace preciso que los propósitos madurados por la reflexión adquieran cuerpo en la realidad. Se debe concebir con claridad, pero se debe saber ejecutar lo que se concibe. La idea por sí sola, con ser mucho, ya no es bastante; se requiere la acción; y no ya la individual y aislada, sino la acción social, de cooperación, justamente como lo exige el mundo. La Escuela de Speyer asumió esa orientación. Constituyó una estación experimental de educación.

El primer plan de Estudios de la Escuela de Speyer lo organizó el Profesor F. M. McMurry después de la observación atenta de los contornos de la localidad donde ella estaba instalada a fin de que pudiese comprender las actividades circundantes. Le dotó de la movilidad flexible de la vida en forma tal que se alcanzase la colaboración directa y decisiva de los alumnos, a fin de que la motivación total de la obra educativa naciese de las relaciones sociales de la comunidad servida por la escuela. Los problemas todos debían derivarse del conjunto de actividades ambientes y ser traídos a la discusión y realización dentro de la escuela por los alumnos mismos. La información debía ser de primera mano. Los precios de las cosas y de las labores, las formas, los tamaños, los sitios, los movimientos, habían de proceder de los mercados, las tiendas, los talleres, las manufacturas, y el tráfico circunvecino. Las fuentes de la información escrita buscábanse en los diarios, las revistas, los informes, los anuncios, los libros de referencia mediante un trabajo personal de los alumnos en colaboración con las maestras, quienes servían para el consejo, la guía, la sugestión más bien que para ejecutar ellas mismas la tarea como es corriente en la mayoría de las escuelas. Y del modo mismo que en las partidas del juego de *foot-ball* el individuo funde sus fuerzas y habilidades en el grupo a fin de alcanzar un último resultado que no es el suyo propio, sino la consecuencia de la suma de todas las capacidades del grupo en que juega, así en la actividad de la escuela los grupos se constituían y armonizaban para efectuar una labor común, tanto en la biblioteca y el gimnasio como en el taller del aula o en la cocina. Se educa para la vida social y no de aislamiento, para la cooperación generosa y no para el exclusivismo egoísta. Es claro que

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

El número suelto.....	\$ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)....	3-50 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

cada alumno debe saber bien cómo ejecutar la obra entera y por lo tanto cualquier parte de ella; pero ha de saber así mismo subordinar el juego de sus actividades y movimientos a la armonía de un fin social común, exactamente como en la vida acontece.

Aquí también contrasta el ejemplo de la Escuela de Speyer con esa fijeza casi absoluta de los planes de estudios que se decretan por actos legislativos, como para imposibilitar el fluir de la vida en el organismo de la escuela. Es que se piensa en ella como en una institución permanente adherida al pasado más bien que en sus íntimas relaciones con el porvenir. No se comprende, quizás, que la escuela, como la simiente, se halla en más estrecho contacto con el árbol que vendrá — puesto que le lleva en su interior — que con aquel de que procede. Inmovilizar legislativamente un plan de estudios es condenar a muerte por consunción las instituciones a que se destina. Sería como encerrar en armadura de metal la simiente que se arroja en tierra fecunda.

Ahora bien, un plan de estudios dotado de la flexibilidad de la vida y pronto a plegarse a las crecientes demandas del medio social donde funciona, acaba necesariamente por descubrir dentro de las variaciones constantes la superficie de las invariables líneas que constituyen el fondo de la dinámica social. Y tal sucedió con la Escuela de Speyer. Descubrió algunas pocas de esas líneas. Puso en evidencia ante todo, que la ciencia, por su solo valor intrínseco, sin aplicación a la solución de los problemas de la vida ordinaria, no es para la escuela. Es un pretexto para conservar,

más que un argumento legítimo, el aseverar que ella posee insustituible poder disciplinario de la mente. La ciencia encarnada en lo humano, la ciencia palpitante en las relaciones de las cosas y los hombres. La ciencia aplicada y útil disciplina tanto como la bella ciencia de las abstracciones. Resultando así que se invertían los procesos desde antaño prescritos. La ciencia reaparecía en la escuela precisamente como aparece en la humanidad: en las relaciones infinitas de las cosas, en la trama temblorosa de la vida. Y procedió la Escuela de Speyer con el valor requerido no sólo para introducir las cosas nuevas, sino para prescindir de las antiguas cuando lo juzgó de mayor conveniencia que el conservarlas. Porque el recargo innecesario de los planes de estudio se deriva de la facilidad con que se aceptan las cosas de novedad y la casi inabordable dificultad de eliminar lo que una vez fué acogido. Este peligro no ha existido para la Escuela de Speyer por el hecho importante de haber tomado como base de su plan de estudios, desde un principio, las actividades del grupo social adyacente a la escuela. El punto de partida fué, en consecuencia, la geografía del lugar para situar los distintos centros de la economía de la comunidad. Con lo cual nació toda la motivación social de las labores escolares. Y así surgió al mismo tiempo el primer esbozo de su curriculum: viviéndolo.

Las ocupaciones humanas resultaban al primer plano: los mercados de frutas y legumbres, de abarrotes, de carnes, de pan, y las tiendas de la vecindad suministraron los materiales más importantes para plantear y resolver

los problemas que comenzaron a aportar los alumnos poco a poco. La iglesia, los parques, el río vecino proporcionaron otro conjunto de relaciones sociales no menos interesante. Y los recuerdos históricos de acontecimientos enlazados con la gran Revolución y que ocurrieron en las inmediaciones motivaron las primeras lecciones de la historia de los Estados Unidos. La representación de las cosas vistas, la imitación de las mismas, la construcción de los objetos indispensables para hacer perfecta la imitación, todo eso introducía los elementos artísticos en el material de estudio de la escuela. En la cual el principio que me parece predominante es el «desenvolverse haciendo». Sólo el hacer desarrolla la habilidad, la mente, la voluntad. La confianza en nosotros mismos nos viene del saber hacer, del poder hacer. Las sociedades se conservan y prosperan por la acción. El verdadero conocimiento se trasmite tan sólo mediante la acción. Y no de otra manera puede la escuela trasladar lo mejor del pasado al porvenir si carece del hacer. Lo mismo es tratándose de las artes industriales que de la música, de la literatura que de la cocina. Y este hacer ha sido la llave del éxito de la Escuela de Speyer. En comercio directo y constante con las cosas y las ocupaciones, sus alumnos extendían junto con su habilidad, su vocabulario. El de las ideas y el de las emociones. La música posee sus clásicos, sus poetas y cuentistas infantiles y el lenguaje en que expresan la emoción y el pensamiento consta de frases y de vocablos. El vocabulario musical sirve para verter las emociones de nuestra alma en las almas ajenas. Y todas las bellas artes poseen también su vocabulario que es preciso adquirir en la escuela, justamente como el otro: haciendo.

Los factores emocional y volitivo no han constituido parte integrante de una educación sistemática. Simplemente se les ha querido ignorar y en este sentido la misma Escuela de Speyer, reconociendo expresamente la irremplazable función de las emociones en la orientación de la vida y consagrando tan amplio espacio al cultivo del sentimiento artístico, no generalizó el principio lo bastante para lograr integrar con él su total organización educativa. Del conjunto de actividades dentro de la escuela habrá de resultar esa educación de los mejores sentimientos sociales del hombre. En el caso de la Escuela de Speyer esto ha podido ser verdad. Pero se hace preciso reconocer que esos tan poderosos elementos de la naturaleza humana han menester una cultura sistemática y directa, en tanta extensión como los factores intelectuales. El racionalismo que ha prevalecido como la más alta

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

aspiración de los sistemas educativos del siglo pasado, muchos de los cuales han traspuesto los linderos del presente, es responsable del abandono en que la emotividad y la voluntad se han mantenido, procurando con ello además de una falsa concepción de la naturaleza humana, una educación errónea, incompleta y debilitante.

Es verdad que en la Escuela de Speyer la deficiencia estaba equilibrada con la socialización del trabajo, muy particularmente en los últimos años. Dentro del mayor grupo social de la clase fórmanse grupos menores consagrados a la resolución de una cuestión, a la ejecución de una labor que requiera esfuerzos convergentes y simultáneos, en forma tal que hayan de ejercitarse las mismas cualidades que tanto se estiman en el mundo de los negocios humanos: la iniciativa y la constancia en la empresa, la exactitud y el amor de la perfección, la prontitud y la economía. Con un final resultado del discernimiento de los valores. El impulso para todo ello ha de provenir del interés vivo, esto es, de la emoción. Y entre tanto los maestros deben ofrecerse al contacto de los niños como seres humanos que colaboran e investigan como ellos en la solución de esos problemas que nacen del vivir en sociedad; con una tolerancia llena de gracia para los más opuestos puntos de vista, como nacida de la convicción de que las varias mentes se sitúan en ángulos diversos para encarar unos mismos problemas. Con esta forma de trabajo se eliminan las probabilidades del fracaso, porque cada miembro del grupo halla la ocasión de hacer lo que mejor sabe o puede. Cuando sólo existe un modo rígido de manifestarse la personalidad de los más diferentes individuos lo ineludible es que el número de los incapaces sea creciente. Incapaces—esto ha de entenderse—dentro del estrecho círculo de un modo de manifestación. El trabajo socializado de la escuela acaba con los grupos de los fracasados y hace surgir los *leaders*, los dirigentes que se reconocen no ya sólo por su mayor poder de hacer o de iniciativa, sino por su amor de servicio. Que en esto se hacen reconocer los héroes y los mejores: en su capacidad de simpatía y de servicio, en su devoción a la obra por la belleza moral que aparece el verla cumplida, en su consagración al bienestar y progreso del grupo social en cuyo seno se mueve y actúa.

Con esta forma de trabajo los más variados problemas se ofrecen y se hace posible la aparición de los proyectos de ejecución práctica como centros en torno de los cuales se aglomeran las actividades de los grupos. El proyecto obliga a la acción y esta no puede realizarse sin cierta infor-

mación previa que requiere otra suma de esfuerzos del mayor carácter educativo. La diversidad de los proyectos suministra la de los medios de investigación para alcanzar el saber indispensable a la acción inteligente y bien informada. Ha de existir una relación permanente y recíproca entre los proyectos y el material de información que aportan las ciencias y las artes. Se parte del proyecto hacia las fuentes del conocimiento para regresar con él a la ejecución de la obra emprendida. Y así hasta dejarla concluida. Pues el proyecto no se inicia por sí mismo, sino como ocasión de desenvolver poder y habilidad. Es claro que importa el concluir la obra—y mucho, el concluirla bien—pero un proyecto puede sustituirse por otro que se acomode a los deseos del grupo o a las posibilidades del medio. Aquí la ciencia se pone al servicio de las necesidades humanas. Así como en los altos escalones de las Universidades o institutos de investigación todos los recursos se subordinan a las necesidades de la ciencia. En la escuela son los menesteres humanos presentes los que reclaman satisfacción. El pasado se lleva a la escuela por comparación para mejor comprender este presente y esta profunda y lejana solidaridad de las razas a través de las edades. Pero aun esa misma comparación debe ser llena de vida, interesante, dramatizada a fin de que la emoción ocurra con sus elementos esencialmente humanos a una mayor participación de los niños en las actividades del pasado, como si se tratase de evocar recuerdos, errantes en una memoria crepuscular. En esa forma la historia tiene un bello sentido dentro de la escuela, y contribuye a la cultura espiritual de la raza.

La Escuela Speyer ha procurado seguir esas líneas cardinales, contrastando, por lo tanto, con el viejo tipo de las escuelas en que la colaboración, el auxilio de los fuertes y mejores se considera todavía como una grave falta que a todo trance hay que reprimir, consagrando de esa guisa, el pertinaz egoísmo y la rivalidad feroz.

Esto es, la concepción de la disciplina se transforma. A la quietud de la muerte, de aguas estancadas y mudas, en aulas pobladas de seres humanos, sucede el bullicioso contento, la tremante actividad de la vida en ebullición, creadora de formas, de ideas, de curiosidad, de emoción. La cooperación social no sería posible sin el empleo del instrumento esencialmente humano: la palabra. El contento de la vida sonríe, es alegre, y expansivo; no conoce el silencio, sino en las naturalezas místicas. En el aula—convertida en taller,—en el gimnasio, en el jardín, allí donde haya

actividad cooperativa, allí estará el gracioso rumor de la niñez, el jovial contento de la adolescencia, la confianza juvenil, allí la consulta, la información, la aprobación, el reproche, allí estará la expresión genuina de la vida. En donde sólo el maestro perora y trabaja, en donde sólo él piensa o simula que piensa, el silencio absoluto es posible, pero es mortal y provoca la rebeldía. La excelente disciplina de los pequeños grupos sociales dentro del aula nace de la libertad con la conciencia de una responsabilidad ante los otros grupos sociales empeñados en su propia obra en vista de un fin común. Ha bastado cambiar el punto de vista de la labor escolar para que hayan cesado de conturbar el ánimo aquellos viejos problemas disciplinarios de la escuela conventual. Como el resultado se juzga, por lo que hacen y pueden y por el cómo hacen, y como a su vez todos los alumnos tienen ocasión de hacer, no hay descontentos, sino por excepción, aun los raros ociosos profesionales—que existen en todas las sociedades—desempeñan una ejemplar función social.

En escuelas del tipo de la de Speyer inútil sería aplicar la prueba de la repetición de lecciones memorizadas durante el curso para juzgar de los resultados. El hacer, desarrollando capacidad, educa poderes. Las pruebas deberán consistir, por consiguiente, en expresiones de este poder. Y tales son en realidad. Pero en esa forma se dificulta la comparación de resultados con otras escuelas y se ha recurrido a las pruebas de vocabulario ideadas por el Profesor Kirpatrik; con el consiguiente resultado que de modo inequívoco establece la superioridad de la Escuela de Speyer. Se tomó una escuela de New Jersey, Edgewater; una escuela pública de Nueva York, la N^o 43; la escuela de Cultura Ética de Nueva York y la de Horace Mann. Se eligió el mismo grado, el 6^o. En Edgewater de la lista de voces conocían el 40.8 por ciento; La Escuela 43 en Nueva York, el 44.1 por ciento; La Escuela de Cultura Ética, el 56.6 por ciento; la escuela Horace Mann, 58.0 por ciento; Escuela Speyer, 68.6 por ciento.

Quedó demostrado con las pruebas comparativas que los alumnos de la Escuela de Speyer poseían un vocabulario muchísimo más extenso que el del término medio de las escuelas públicas de Nueva York. La explicación del resultado es obvia. Los alumnos de la Escuela de Speyer conocían usos, propósitos, y funciones de las cosas, y prácticas de la vida diaria; habían hecho mayor esfuerzo para fijar en su mente el sentido de las cosas que les había interesado; habían estado en más íntimo contacto con las cosas,

las personas, y los libros; habían disfrutado de mayores oportunidades de expresar ideas, planes, sentimientos, propósitos, emociones al hallarse en comunicación con las personas. Todo ello constituye fuente abundante para la adquisición del vocabulario junto con el ideario correspondiente, sin el cual ni las palabras fluyen, ni desempeñan su legítima función de expresar emociones, experiencias, imágenes, y abstracciones.

La medida, pues, en la Escuela de Speyer no surge de lo que se sabe repetir sino de la capacidad adquirida. Por lo tanto ésta es la base de la promoción. El factor tiempo se halla implícito en el desarrollo de todo poder; pero la determinación externa del tiempo para justificar la promoción carece de sentido. Se conserva por prejuicios inveterados; pero es puramente formal y como suele concurrir con el trabajo de mera repetición es también mental; porque suele hacerse en pocas semanas antes de las pruebas finales lo que se supuso haber sido hecho en el período normal del curso. En la Escuela de Speyer la promoción se hizo a medida que las capacidades, al desarrollarse, abarcaban el mayor horizonte del nivel inmediato superior, por crecimiento natural simplemente reconocido por los maestros. Y como no siempre las capacidades todas de la naturaleza humana aparecen igualmente desenvueltas, ha habido alumnos que siguen diferentes actividades en diversos grados. No se presentó el peligro de mantener a un alumno en un nivel inadecuado porque no se le pudiese promover en el conjunto de las actividades escolares, como es corriente en las escuelas del viejo tipo. Esta promoción es más humana, por lo tanto más justa, más científica.

Pero el asunto de más atento estudio en la Escuela de Speyer fué la salud de los alumnos. Hacíanse frecuentes exámenes biológicos, así desde el punto de vista de las medidas higiénicas y preventivas, como de las capacidades orgánicas propiamente humanas. Se visitaron periódicamente los hogares para conocer mejor el ambiente físico y aconsejar a las familias acerca del vestido o la alimentación de los niños, acerca de baños, dientes, juegos, y cuidados médicos en los casos de enfermedad. Hubo empeño en prestar auxilio material a los hogares que lo necesitaban, guiándose, no por el deseo

de hacer beneficencia únicamente, sino por la convicción de que todo gasto efectuado en conservar una excelente salud en el niño es ahorro que se hace a la comunidad en las enfermedades de los adultos. Por tanto juegos, baños, y ejercicios en el gimnasio cuidáronse con la solicitud que se ponía en todas las demás actividades. Se insistió en la formación de hábitos higiénicos más bien que en la corrección de los vicios. Y se hizo a un lado el prejuicio de la pretendida necesidad de la fisiología y anatomía como estudios previos al de higiene en la escuela elemental. El consejo higiénico de ellos no necesita. Se buscó el bienestar físico de los niños como un índice muy seguro de su salud.

En todos los casos se aplicó la ciencia, pero no se recurrió a la ciencia pura. Que ella no es tal porque prescinde de las relaciones y aplicaciones humanas, de los problemas inmediatos y agentes de la vida. Esa fué, pero no puede continuar siendo la concepción de la ciencia. La profunda estima en que se la tiene ha nacido en presencia de sus maravillosas aplicaciones a la vida humana. Y al gran mundo eso es lo que más importa. La ciencia por la ciencia en sí es para investigadores y pensadores, para filósofos o artistas, mentes superiorizadas por la selección del individuo mismo.

En los niños de la escuela lo que más importa es cultivar el interés, el entusiasmo, la devoción por las grandes y nobles cosas que se hallan en relación directa con el hombre. Quién carece de ello está por educar aún.

RESUMEN

La Escuela de Speyer dirigida desde 1910 por el profesor Federico G. Bonser, ha realizado una obra ejemplar. Dió vida y cuerpo al principio ya muy antiguo, de «enseñar haciendo» que es el que nos ha preservado y transmitido los tesoros de la civilización. Sustituyó la motivación artificial de las tradicionales asignaturas con la motivación sincera de los intereses del grupo social asilado en la escuela en consonancia con las actividades de la comunidad. Llevó al seno de su obra la cooperación social y dió entrada, a título de igualdad con las capacidades mentales a la emoción como elemento y factor educacionales. Inició la extensión social escolar y declaró la conve-

niencia de que los maestros se interesen en todos los problemas actuales y palpitantes de la actividad social para llevar ese espíritu, esa atmósfera, a la compendiosa comunidad de la escuela.

Por exigencias de la movilización, al declararse la guerra hubo de ponerse el edificio al servicio de una escuela pública de la ciudad y la Escuela de Speyer, desde entonces, duerme el sueño de los que hicieron bien.

R. BRENES MESÉN.

Mayo de 1919.

Sigue pag 154

A José Santos Chocano

Príncipe del Parnaso Americano,
mi estrofa te saluda con pendones,
con cuadriga de estrellas y leones
en campo azul, ¡oh lírico Chocano!

Hoy vienes a esta tierra, noble hermano,
cargado de tristeza y con blasones,
y encuentras, como siempre, corazones
que vibran al sentir tu franca mano.

Mi estrofa te saluda como rosa
que al despuntar el Alba, presurosa,
deja su alcoba de tupida rama,

sale al encuentro de la luz del día,
y al sentir tal tesoro de armonía,
se transforma a la vez en oriflama.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, Diciembre de 1920.

ETERNO ANHELO

Para MASFERRER.

Escribir un soneto en el reverso
de un medallón antiguo es mi porfía,
y dejar con la música del verso
un poco de tristeza y de alegría.

Confundir en un ritmo, suave y terso,
el tesoro de amor y de poesía
que rige, como un dios, este Universo
forjado por la Gran Sabiduría.

Escribir, contemplar, amarlo todo,
agitar del espíritu las alas,
y olvidar nuestro origen: ¡puro lodo!

Y así, bajo el amor de una mirada,
olvidado del mundo y de sus galas,
vivir, como jilguero en la enramada.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, Diciembre de 1920.

LA GRAN VIA

Abarrotes finos - - Especialidades culinarias
Utensilios de uso doméstico - - Vinos y licores

Los primeros tomos de la BIBLIOTECA LATINO AMERICANA que dirige en París don Hugo de Barbagelata, ya se han publicado. Son:

Rubén Darío: *Epistolario*..... \$ 1-25
Varios autores: *Rodó y sus críticos*..... 3-00
F. García Calderón: *El Wilsonismo*..... 1-25
Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Sab* (novela)..... 3-00
Ud. los hallará en la Administración del REPERTORIO.

EL CAZADOR DE IMAGENES

De HISTORIES NATURALES de Jules Renard.

SALTA del lecho muy temprano y no sale si no siente su espíritu sereno, su corazón puro, su cuerpo ligero como un traje de estío. No lleva provisiones. Beberá de camino el aire fresco y aspirará olores saludables. Deja sus armas en casa y se contenta con abrir los ojos. Los ojos sirven de redes en donde las imágenes se aprisionan por sí solas.

La primera que él cautiva es la del camino que muestra sus huesos,—guijarros pulidos—y sus carriles—venas abiertas—entre dos setos ricos en cielos silvestres y moras.

Toma luego la imagen del río que blanquea en los recodos y duerme bajo la caricia de los sauces; brilla cuando un pez muestra su vientre, como si se arrojara una pieza de plata, y, apenas cae una garúa, el río se eriza, se le pone carne de gallina.

Levanta la imagen de inquietos trigales, de alfalfas apetitosas y de praderas ribeteadas de arroyos. Se apodera al pasar del vuelo de una alondra o de un jilguero.

Después entra en el bosque. No se sabía dotado de sentidos tan delicados. Impregnado en seguida de perfumes, no pierde ningún sordo rumor, y, para comunicarse con los árboles, sus nervios se ligan a las nervaduras de las hojas. Luego, vibrando hasta el malestar, percibe demasiado, fermenta, tiene miedo, abandona el bosque y sigue de lejos los campesinos fundidores que vuelven al pueblecillo.

Una vez fuera, mira por un momento, hasta el punto que su vista se deslumbra, el sol que se acuesta y se quita sobre el horizonte sus vestidos luminosos, sus nubes esparcidas en confusión.

Por fin, ya en su casa, la cabeza llena, extingue su lámpara y largamente, antes de dormirse, se complace en contar sus imágenes.

Dóciles, renacen a la voluntad del recuerdo. Cada una, despierta otra, y sin cesar su tropa fosforescente se aumenta con las recién llegadas, como las perdices que perseguidas y separadas todo el día, cantan en la tarde al abrigo del peligro, y se llaman en las cavidades de los surcos.

LA GALLINA

CON las patas juntas, salta del gallinero, apenas se le abre la puerta.

Es una gallina común, modestamente adornada y que nunca pone huevos de oro.

Deslumbrada por el sol, da algunos pasos, indecisa, en el patio.

Ve primero el montón de cenizas en que todas las mañanas tiene la costumbre de holgarse.

Allí se revuelca, se hunde, y, con una viva agitación de alas, las plumas hinchadas, sacude sus pulgas de la noche.

Luego va a beber en el plato hondo, colmado por el último aguacero.

No bebe sino agua.

Bebe a traguitos y levanta el cuello, en equilibrio sobre el borde del plato.

Luego busca su alimento aquí y allá.

Las hierbas finas son para ella, y los insectos y los granos perdidos.

Pica, pica, infatigable.

De tiempo en tiempo se detiene.

Derecha, bajo su gorro frigio, el ojo vivo, el buche presuntuoso, escucha con uno u otro oído.

Y segura de que no hay nada nuevo, se pone otra vez a buscar.

Levanta alto sus patas rígidas como las de los gotosos. Separa los dedos y los posa con precaución, sin miedo.

Se diría que va descalza.

PATOS

LA hembra va a la cabeza, cojeando de las dos patas, a chapotear en el barreal que ella conoce.

El pato la sigue. El también cojea de las dos patas, los extremos de las alas cruzadas sobre su espalda.

Y pata y pato, marchan taciturnos como a una cita de negocios.

La pata se deja deslizar, la primera, en el agua enlodada en la cual flotan plumas, estiércol, una hoja de viña o paja. Casi ha desaparecido.

Espera. Está lista.

Y el pato entra a su vez. Sumerge sus ricos colores. No se ve sino su cabeza verde o el roba-corazones del trasero. Los dos se encuentran bien allí. El agua se calienta. Nunca se vacía y no se renueva sino los días de tormenta.

El pato, con su pico aplastado, mordisquea y oprime la nuca de la pata. Por un instante él se agita y el agua es tan espesa que apenas se estremece. Y pronto calmada, lisa, refleja, en negro, un rincón de cielo puro.

El pato y la pata no se mueven. El sol los cocina y los adormece. Se puede pasar cerca de ellos sin verlos. No se denuncian sino por las raras burbujas de aire que revientan sobre el agua encharcada.

CHOMPIPIPES

1

SE pavonea en medio del patio, como si viviese bajo el antiguo régimen. Las otras aves de corral, no hacen sino comer siempre, no importa qué. Él, en cambio, entre sus comidas ordinarias, no se preocupa sino por lucir. Todas sus plumas están almidonadas y las puntas de sus alas rayan el suelo como para trazar la ruta que sigue: es por allí que él se adelanta y no por otra parte. Se infla tanto que nunca ve sus patas.

No teme a nadie, y, cuando me aproximó, se imagina que deseo rendirle homenaje.

Ya gluglutea de orgullo.

—Notable pavo— le digo— si fueseis un ganso, escribiría vuestro elogio, como lo hizo Buffon, con una de vuestras plumas. Pero no sois sino un pavo.

He debido vejarlo, pues la sangre le sube a la cabeza. Racimos de cólera penden de su pico. Tiene una crisis de rojo. Hace restallar de un golpe seco el abanico de su cola y este viejo impertinente me vuelve la espalda.

2

HE aquí, sobre el camino, la pensión uniformada de los pavos.

Cada día se pasean, sea cual fuere el tiempo que haga.

No temen ni la lluvia: nadie se remanga mejor que un pavo; ni el sol: un chompipe no sale jamás sin sombrilla.

EL PAVO REAL

VA a casarse hoy seguramente.

Debía haber sido ayer. En traje de gala, él estaba listo. No esperaba sino su prometida. No llegó. No puede tardar. Glorioso se pasea con un aire de príncipe indio y lleva consigo sus ricos presentes. El amor aviva el brillo de sus colores y su penacho tiembla como una lira. La prometida no llega.

Sube a lo más alto del techo y mira del lado del sol. Lanza su grito diabólico:

—¡León! ¡león!

Es así como llama a su novia. No mira venir nada y nadie le responde. La volatería acostumbrada, ni siquiera levanta la cabeza. Está cansada de admirar. Desciende al patio, tan seguro de ser bello que es incapaz de rencor.

Sus bodas serán para mañana.

Y, no sabiendo que hacer del resto de la tarde, se dirige hacia la gradería. Sube las gradas, como si fueran las gradas de un templo, con un paso oficial.

Recoge su traje de cola cargada de

ojos que no han podido desprenderse de ella.

Repite una vez más la ceremonia.

LA MUERTE DE MORENILLA

FELIPE que me despierta, me dice se ha levantado en la noche para vigilarla y que ella tenía la respiración tranquila.

Pero, desde esta mañana lo tiene inquieto. Le da heno seco y no le hace caso.

Le ofrece un poco de hierba fresca, y Morenilla, de ordinario tan golosa, apenas la toca. No mira a su ternero y soporta de mala gana los golpes que le da con la nariz cuando se levanta sobre sus patas rígidas para mamar.

Felipe los separa y amarra al becerro lejos de la madre. Morenilla parece no haberlo notado.

La inquietud de Felipe se nos contagia. Hasta los niños quieren levantarse.

El veterinario llega, examina a Morenilla y la hace salir de la cuadra. Ella se golpea en la pared y choca contra el umbral de la puerta. Caería; es preciso volver a entrarla.

—Está muy enferma, dice el veterinario.

No osamos preguntarle lo que tiene.

Teme una fiebre de leche, a menudo fatal, sobre todo en las buenas lecheras, y mientras recuerda uno por uno los casos de aquellas que creía perdidas y que él ha salvado, unta con un pincel, sobre los riñones de Morenilla, el líquido de un frasco.

—Hará el efecto de un vejigatorio —dice.— Ignoro la composición exacta. Esto viene de París. Si el mal no llega al cerebro, saldrá de él sola, si no em-

plearé el método del agua helada. Esto asombra a los campesinos sencillos, pero yo sé a quien hablo.

—Hacedlo, señor.

Morenilla, echada sobre la paja, puede aun soportar el peso de su cabeza. Cesa de rumiar. Parece retener la respiración para darse mejor cuenta de lo que pasa en su interior.

Se la envuelve en una cobertura de lana, porque los cuernos y las orejas se enfrían.

—Hasta que las orejas caigan, dice Felipe, hay esperanza.

Dos veces trata de pararse. Respira fuerte a intervalos cada vez más largos.

Y he aquí que deja caer la cabeza sobre su flanco izquierdo.

—Esto va mal—dice Felipe, en cuclillas y murmura zalamerías.

La cabeza se levanta y cae sobre el pesebre, tan pesadamente que el choque sordo nos hace exclamar: ¡Oh!

Rodeamos a Morenilla de paja para que no se maltrate.

Tiende el cuello y las patas, se estira en toda su longitud, como en el prado, en tiempo de tormenta.

El veterinario se decide a sangrarla. No se aproxima mucho. Sabe tanto como cualquier otro, mas, pasa por menos atrevido.

A los primeros golpes del mazo, la lanceta resbala sobre la vena. Después un golpe más seguro y la sangre salta al cubo de estaño que ordinariamente se llena de leche hasta el borde.

Para contener el chorro, el veterinario pone en la vena un gancho de acero.

Así aliviada, aplicamos un paño mojado en agua de pozo, desde el frente hasta la cola, y lo renovamos

frecuentemente porque enseguida se calienta. No se estremece siquiera. Felipe la sostiene firme por los cuernos e impide que la cabeza golpee el flanco izquierdo. Morenilla, como amansada, no se mueve. No se sabe si va mejor o si su estado se agrava.

Estamos tristes, pero la tristeza de Felipe es taciturna, semejante a la de un animal que viese sufrir a otro.

Su mujer le trae la sopa de la mañana, que come sentado en un banquillo, sin apetito, y que no termina.

—Es el fin—dice,—Morenilla se hincha.

Primero dudamos, pero Felipe ha dicho la verdad. Se infla, a la simple vista, y no se desinfla, como si el aire entrado no pudiese salir.

La mujer de Felipe interroga:

—¿Está muerta?

—¡No lo ves! contesta Felipe duramente.

La mujer de Felipe sale al patio.

—No será pronto que yo vaya a buscar otra,—dice Felipe.

—¿Otra qué?

—Otra Morenilla.

—Iréis cuando yo quiera,—replicó con un acento de amo que me admira.

Tratamos de hacernos creer que el accidente nos irrita más bien que nos apena, y así decimos que Morenilla ha muerto.

Pero en la tarde, encuentro al campanero de la iglesia y no sé lo que me há detenido para decirle:

—Un momento, aquí tienes cien sueldos y ve a doblar por alguien que ha muerto en mi casa.

(Traducido especialmente para el REPERTORIO AMERICANO por Carmen Lira. París. Otoño de 1920).

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial,

EL LABERINTO

y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía. El público puede encontrar

esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—José M^o Calvo y Cía. «La Gloria».—Ismael Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Manuel Vargas C., (Mercado).—Jaime Vargas C., (Mercado).—Tobías Solera y Cía., (Mercado).—Antonio Alán y Cía.—Colegio de A. Vargas, (Mercado).—Enrique Vargas C., (Mercado).—E. Sión.—Colegio de Señoritas.—Etc., etc, Guevara y Cía. «La Buena Sombra» y «La Perla».—Domingo

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos su productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA